

LA ILUSTRACION SUD AMERICANA

REVISTA ILUSTRADA DE LAS REPÚBLICAS SUD-AMERICANAS

AÑO XI



BUENOS AIRES, FEBRERO 28 DE 1903



NÚM. 244

Continuando en la realización de nuestros propósitos de alternar la publicación de notas gráficas de actualidad y retratos de personajes ilustres con vistas escogidas de los diversos países sud-americanos, dedicamos en este número buena parte de nuestras ilustraciones á reproducir edificios y paisajes de diferentes repúblicas sud-americanas.

De este modo cumplimos nuestro programa de dar á conocer en el mundo entero las excelencias de esta tierra privilegiada que se llama América, no por todos conocida ni por todos apreciada debidamente.

Así, pues, nuestros lectores de ambos mundos, pues hoy día nuestra revista, y con satisfacción lo confesamos, circula profusamente en Europa y en América, admirarán en este número, en hermosos fotograbados, el Jardín Público de San Pablo (Brasil), donde se puede

VISTAS SUD-AMERICANAS

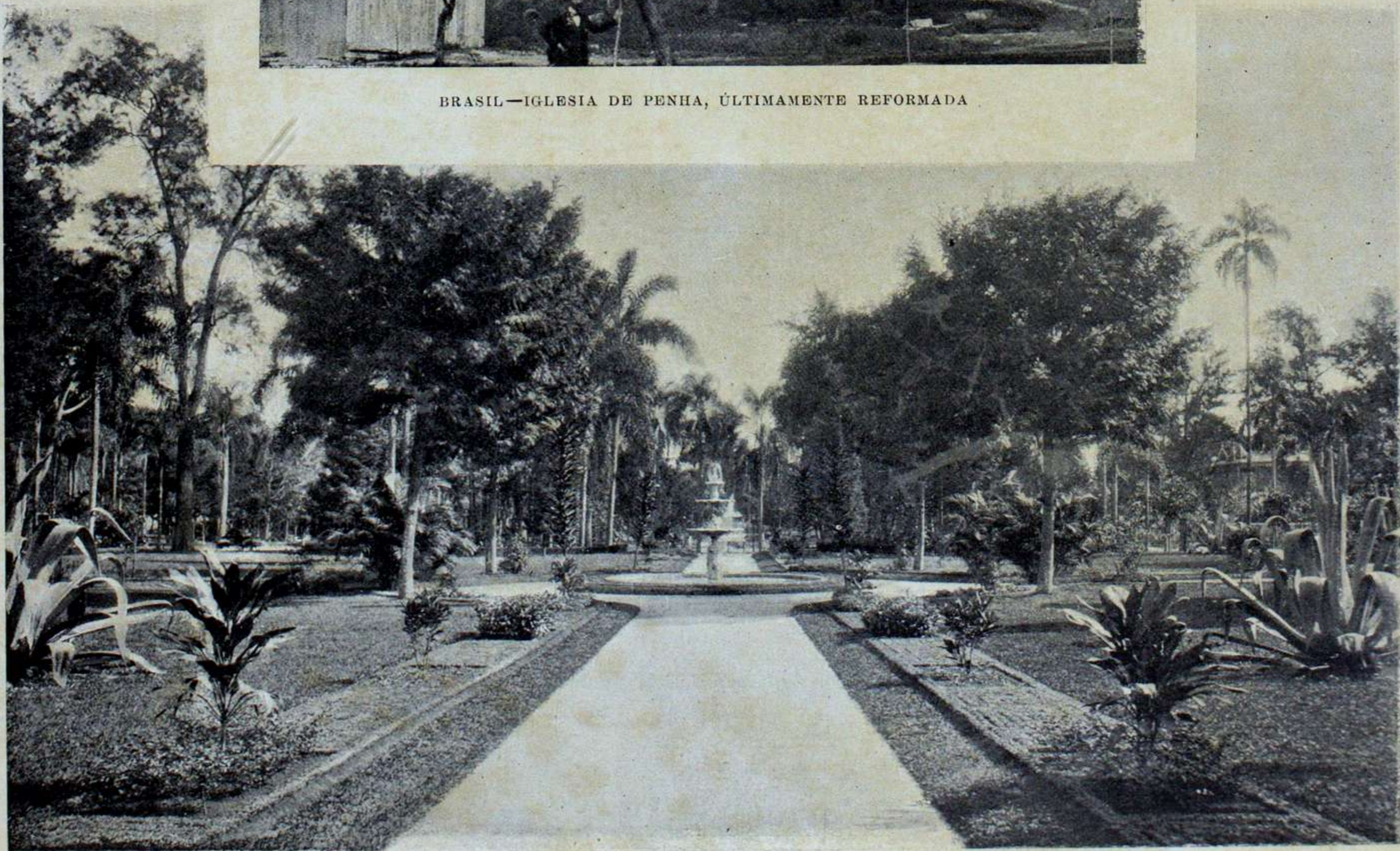


BRASIL—IGLESIA DE PENHA, ÚLTIMAMENTE REFORMADA

apreciar la exuberante y hermosa vegetación de ese singular país, y la Iglesia de Penha de la misma República, muy célebre por sus romerías, y que ha sido últimamente reformada, vistas ambas que publicamos en esta misma página.

En las páginas interiores encontrará el lector el Pabellón gótico en los Jardines de la Exposición en Lima (Perú); «Pirque» preciosa quinta en los alrededores de Santiago de Chile y una curiosa reproducción de los «Estudios militares de topografía» realizado en esta última República.

En cuanto á la Argentina, figura en nuestra parte ilustrada con las siguientes vistas: Laguna de los Padres, en los alrededores de Mar del Plata, recolección de la uva en San Juan, alrededores del puerto Madryn y el puerto de Colastiné en la provincia de Santa Fe.



BRASIL—JARDÍN PÚBLICO EN SAN PABLO

LA ILUSTRACIÓN SUD-AMERICANA

REVISTA ILUSTRADA DE LAS
REPÚBLICAS SUD-AMERICANAS
DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN :
Buenos Aires (Rep. Argentina) Cuyo 657
Casilla Correo N° 602
Unión Telefónica 949, Avenida

AGENCIAS PRINCIPALES
BRASIL: Río Janeiro y San Pablo. — URUGUAY: Montevideo. — PARAGUAY: Asunción. — CHILE: Santiago y Valparaíso. — PERÚ: Lima. — BOLIVIA: La Paz. — VENEZUELA: Caracas. — ECUADOR: Quito y Guayaquil. — COLOMBIA: Bogotá.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
Buenos Aires. Año \$ 18.— semestre 9.— trimestre 5.—
Prvs. Argents. " 20.— " 10.— " 5.50
Exterior..... \$ oro 10.—

AÑO XI BUENOS AIRES, FEBRERO 28 DE 1903 N.º 244

CAUSERIE BONAERENSE

Las alegrías del Carnaval, han sido casi nuestra única ocupación durante la quincena. Realmente la seriedad de que tanto suele alardear el hombre, padece al tener que confesar este anhelo con que todos los años, consagramos al buen humor, á la broma, á la locura, no ya nuestros ratos de ocio, sino días y días robados al trabajo, á esos mismos asuntos serios.

«Todo el año es Carnaval» afirmaba un autor cuyo nombre no recuerdo en este momento y bien merece por tan errónea frase, quedar en el olvido. Porque la humanidad, á la cual llaman *doliente* los farmacéuticos y algunos médicos con buena clientela, sería una humanidad sana, dichosa y bienaventurada, cuando no estuviera expuesta á soportar más bromas, que las que se dan en estos días, al amparo del disfraz y la careta. El Carnaval de todo el año, no es el de Febrero, tan lleno de regocijo. No son ligeras ni de buen gusto, las bromas que nos damos unos á otros, cara á cara y con el traje habitual en los restantes meses. Es un carnaval, casi siempre trágico, que tiene por lema el muy tristemente conocido de «Las bromas pesadas ó no darlas». La diferencia es enorme. Para resarcirnos de tantos meses y días en que se divierten con nosotros, se nos deja divertirnos en el mes de Febrero.

En ese carnaval de la vida, también hay corso pero en lugar de serpentinas, ramitos de flores y *confetti*, nos tiramos los platos á la cabeza. También en el baile, los hombres son los que generalmente pagan por entrar, siendo para las señoras gratis, pues como dijo un filósofo solterón, la mujer es «un animal, racional hasta cierto punto, que vive de arriba» ó en otros términos, «de gorra». Pero si en la diversión carnavalesca, bailase á los compases de una orquesta dirigida por Bellucci, Posadas, Grossi, ó cualquier otro maestro á quien es proverbial que obedezcan siempre 40 profesores, bien contados, (ni uno más ni uno menos), en el local «abierto todo el año» teatro de la comedia humana, cada cual sea de su agrado ó no «al son que le toquen baila» y suele ocurrir que no haya músicos y sean danzantes todos los concurrentes y especialmente los empresarios.

Nos dan bromas pesadas, en la vida, la mujer, el amigo, el banquero en cuyas cajas depositamos nuestro dinero, el zapatero, que sabe donde le aprieta el zapato, pero no donde nos aprieta á nosotros, las autoridades «que nos rigen» y se rigen por su capricho, los jockeys que corren con cincuenta kilos, el cobrador de impuestos, y hasta el clima cuando es variable.

Y unos reciben el bromazo con resignación no solamente cristiana sino hasta musulmana, y otros se suicidan, ó matan al bromista, no faltando quien enferme y se muera de pena, no obstante leer todos los días en los diarios anuncios en que se nos pregunta «¿Queréis la salud?» «¿Queréis el apetito?» «¿Queréis dinero en hipoteca al 9 y 10 %?»

¡No! Si todo el año fuese carnaval, otro gallo nos cantara.

¿Qué más quisieran los rivistas y los ugaristas, por ejemplo, sino que la intervención fuese una bromita, propia de «Febrero loco» y estando á la recíproca, poder embromar á su vez al doctor Molina!

Cierto que esta aspiración suya, no carece de fundamento, puesto que tales cosas han hecho, que á unos y otros no se les puede tomar en serio, y allá por la paradisíaca región que eligió para veraneo el general Roca,

LA ILUSTRACION SUD-AMERICANA

debe estar á estas horas el ilustre ausente, ya que no bañándose en agua de rosas, lavándose las manos, como Herodes.

El lector (interrumpiéndome).—Dirá usted como Pilatos.

Insisto en Herodes y me ratifico. Pues qué, ¿no se las lavaba también? Hora es ya de que no se immortalice únicamente á Pilatos por este aseo.

Quédese esto así, y pasando ahora del teatro político á los teatros por horas, tampoco es mala broma la que proyecta la Intendencia Municipal, con los buenos propósitos, según su opinión, de subsanar abusos y de estimular el teatro nacional.

Para ello, y por medio de un nuevo reglamento, se castiga con multa de 200 á 500 pesos á las empresas teatrales que representen obras sin el previo conforme de la comisión de censura. Además se crea un impuesto de 10 pesos para las obras extranjeras y 5 para las nacionales, y el producto de éste se destina á formar con él, dos premios pecuniarios que serán discernidos por un jurado á las dos mejores obras teatrales de autor nacional que sean presentadas á concurso.

Del cuero, dice un antiguo adagio, que salen las correas, y así el empresario en este caso, como en *Campanone*, es el caballo blanco, el que lo paga todo.

No hay en materia de literatura dramática, mejor censor ni mejor jurado que el público, y así bien puede suceder que el soberano juez silbe en más de una ocasión obras con las cuales la comisión de censura esté muy conforme, como también que el jurado premie pecuniariamente, como mejor obra presentada al concurso, la que luego el público castigue, presentada ó representada en el escenario.

En pocos países subsiste ya esa «censura previa» y bien haría la Intendencia en suprimirla, y en dejar que el autor y el público, luchan directamente, sin intervenir la autoridad en la contienda. Después de todo, los espectadores nunca tendrán en cuenta las opiniones de censores ni de jurados para manifestar las suyas.

Y en cuanto á los impuestos... empresario puede haber que los pague de su bolsillo, pero estoy seguro, sin haber hablado con ninguno de ellos, de que ya han resuelto el medio de atender á este gravamen... descontando los diez ó los cinco pesos, del derecho de propiedad que tienen que pagar á los autores mismos.

El impuesto á las obras, en mi entender, ha de producir poco. En cambio, si la Intendencia se decidiera, por el impuesto á las tiple, por ejemplo, ¿qué fuente inagotable de recursos! Mucho más de diez pesos podrían pagar las extranjeras y las nacionales, lo que á juicio y dictamen de la comisión de censura previa, fuere equitativo. De esta manera la importación y exportación de unas y otras, resultarían menos... vertiginosas.

Porque es preciso atender á esto, ahora que se ha terminado al parecer ese otro bromazo del cierre de los puertos ingleses y de igual manera que reabiertos éstos, están los dueños de cabañas de enhorabuena, puesto que vuelven á tener á su alcance los Durham, los Hereford, y Polled Angus, y pueden enviar á su vez productos del país, los dueños de teatros, no deben ser menos, y en los teatros el verdadero dueño es... siempre la tiple.

El año con todo esto y las buenas cosechas se presenta indudablemente bueno. Hasta se asegura que por fin ha empezado á afluir metálico á la caja de Conversión, que la propiedad va á valorizarse, que los elevadores de granos nos van á subir á las nubes, y que la comisión de personajes chilenos, cuando llegue, llegará á figurarse, que no está en Buenos Aires, sino en Jauja.

Dicese que aumenta entre nosotros, cada día más el *sentido práctico*, y que á esto se deben todas esas bienandanzas.

Es posible. Nosotros, llegamos en este pun-

CHAMPAGNE "AYALA"

ÚNICOS INTRODUCTORES

PETERS HERMANOS

ALSINA 430 - Buenos Aires

to á un colmo de sentido práctico que no pueden imitar los mismos ingleses.

Hasta el punto, que uno de mis amigos, *práctico* en todo, no se paseaba nunca en verano, más que con las personas que tenían buena sombra.

CALINEZ.

LA CUARESMA

Memento homo....

Los últimos ecos de las ruidosas carcajadas de los que ayer, disfrazados de mamarrachos, atronaban las calles con sus ensordecedores alaridos, se confunden hoy con los primeros versículos de los salmos que la Iglesia entona en estos días de recogimiento y oración. Las alegres notas de los vales y tangos á cuyo cadencioso ritmo se han movido centenares de parejas, desaparecen fundidas en las notas graves del órgano que acompaña el plañidero canto de maitines. El argentino tintineo de los cascabeles de Momo, se apaga ahogado por el áspero chirrido de la carraca, y lo que ayer fuera holgorio, barahunda, bullicio y locura, es hoy, en el mundo cristiano, recogimiento y meditación.

La ceniza que recuerda al hombre su fin y lo deleznable de su naturaleza, borra la huella del perfumado polvo de arroz.

¿Qué contraste ofrecen ambas festividades, la mundanal y la religiosa, membraza la una del mundo pagano; conmemoración la otra del nacimiento de un nuevo mundo, de una nueva sociedad y de una era nueva! Y así como el paganismo desapareció barrido por las ideas de la nueva doctrina, así como se hundió su Olimpo con toda su corte de dioses mayores y menores, bajo el peso colosal de un Dios único y de una verdad única también é inmensamente grande, así se hunde el rumoroso Carnaval aplastado por la silenciosa cuaresma, símbolo constante del triunfo de la fe sobre el error, de la esperanza sobre la desesperación, de la caridad sobre el egoísmo.

¿Cuántas hermosas pecadoras que ayer lucieron desnudos sus hombros en corsos y bailes, se acercarán hoy contritas al tribunal de la penitencia, después que la mano del sacerdote haya colocado sobre sus frentes, aun ardorosas por la fiebre del pecado, la simbólica ceniza! Pero su contrición como su arrepentimiento deja mucho que desear. La devoción, en la inmensa mayoría de las mujeres, es más que un escudo, un pretexto; la mayor parte de ellas pecan por el placer de arrepentirse y se arrepienten por el placer de volver á pecar. Hay en esto, y perdónenos lo crudo de la frase, una especie de erotismo espiritual. Si no temiera herir susceptibilidades y lastimar pudores, diría que la Cuaresma es el Carnaval del alma. Desgraciadamente para los que disfrazan la suya con el burdo sayal del penitente, á Dios no se le engaña.

Hasta en el mismo cambio introducido periódicamente en esta época del año en la alimentación, hay una no despreciable dosis de hipocresía. Las llamadas comidas de vigilia, en las que se pone á contribución el arte culinario para condimentar con variedad indescriptible, diversas clases de pescado, legumbres y hortalizas, no son sino otras tantas satisfacciones que se brindan á la carne, rompiendo la monotonía del plato cotidiano, aprovechando hipócritamente el pretexto para aumentar la cantidad y la calidad del mismo.

¿Quién no recuerda haber deseado de muchacho la llegada de los viernes de cuaresma, porque en ellos desaparecía el eterno pucherete del resto del año, suplantado por sabrosos guisos y succulentos fritos en los que la mamá ó la cocinera lucían sus habilidades culinarias? ¿Quién no ha deseado y aun desea, la aparición del Jueves y Viernes Santos, con su obligado cortejo de golosinas, sus platos de crema, de arroz con leche, de dulce de idem, etc.? Y sin embargo, la Iglesia ordena en estos días el ayuno, puesto que en ellos conmemora el que practicó en el desierto el Hombre-Dios y el sacrificio cruento de su vida hecho en aras de su amor por la humanidad!

Realmente, tenemos los humanos un modo bastante raro de agradecer beneficios y debemos confesar, para vergüenza nuestra, que eran menos hipócritas los paganos. Ellos, más prácticos ó más francamente viciosos, celebraban sus festividades rindiendo culto á la gula, á la embriaguez y á la lujuria, y lo rendían abiertamente, sin reservas mentales, sin tapujos mogigatos y sin vanos pretextos habilmente aprovechados. Comían, bebían y se regocijaban grandemente, haciendo de cada festividad religiosa, un motivo de orgía. Algo, si no mucho, conservamos de aquellas costumbres, pero discretamente encubierto por el velo de las *conveniencias* ó de la hipocresía. Cada festividad religiosa es también para nosotros motivo de refocilamiento y tal vez de holgorio orgiaco; pero... privado, de uso doméstico, si así puede decirse. Y sino, recorra

cada uno de mis lectores el almanaque y diga cuantas fiestas de esas en que según el dicho vulgar repican gordo, hay desde año nuevo a San Silvestre, y como las celebra él y todos cuantos él conoce. ¡Si hasta el día consagrado a honrar con el recuerdo la memoria de los que fueron y nos han precedido en el viaje a la Eternidad, es motivo de fiesta y de diversión!

Pero... ustedes perdonen; observo que insensiblemente me he apartado del tema principal y que habiendo principiado con la Cuaresma, voy a dar en las Kalendas griegas.

Si Dios me hubiera llamado por el camino por donde han ido y van todavía é irán hasta la consumación de la literatura, infinidad de escritores que no pueden hilvanar dos párrafos sin dar repetidísimas pruebas de su *lata* erudición, es decir, por el camino de los diccionarios enciclopédicos, clarísimas fuentes en que beben su saber los besugos literarios; daría a ustedes una eruditísima opiata sobre la historia y antecedentes de la Cuaresma, a través de los siglos, adobada con las correspondientes consideraciones filosóficas, con lo que quedaría superabundantemente sentada mi reputación de hombre bien *trajeado* en materia de conocimientos. ¡Por que viste mucho esa erudición adquirida a razón de sesenta centavos la entrega!

¡Quién pondría en duda mi vasto saber, cuando a vueltas de altisonantes periodos ilustrados con anécdotas intercaladas en el texto, hiciera mención de la paternal legislación de Carlo Magno que condenaba a muerte a los que infringían el precepto de la abstinencia de carne durante la Cuaresma; y las no menos humanitarias costumbres de los antiguos polacos que arrancaban la dentadura (sin anestesia local ni desinfección de instrumentos) a los desdichados que incurrian en el mismo atroz delito de *carnivorismo*!

¡Quién no se asombraría de mi profunda erudición en materia de historia eclesiástica, cuando mencionara uno por uno todos los Concilios en que se dictaron cánones especiales condenando a un año completo de privación de carne a los que habían hecho consumo de ella en la época de la cuaresma!

¡Felices tiempos aquellos en los que tanta autoridad tenían los tonsurados, y en los que ni a pueblo ni a nobleza se les ocurría desobedecer ni poner en tela de juicio el derecho que para proceder así asistía a los cogullas!

¡Viniéramos ahora los Concilios con, aquí te las puse! Hoy está muy resquebrajada la autoridad eclesiástica; son muy pocos los que aun llevan el apunte a los vetos de la Iglesia, sobre todo en materia de bucólica, y ni de la Bula hacemos caso, encontrando más nutritivo y más práctico invertir en jugosos asados y tiernos solomillos, la plata que cuesta la autorización eclesiástica para comerlos en esta época del año. Probablemente aquellas exageradas prohibiciones, trajeron estos libérrimos descreimientos. La tensión extremada produce la rotura.

Debemos confesar, no obstante, que hoy que las leyes civiles y religiosas son mucho más soportables que en los antiguos tiempos, hoy que en este punto no existen disposiciones abusivas que obliguen a un ciudadano honrado a atracarse de verde ó ayunar sin ganas, es mucho mayor el número de los que se abstienen de la carne y observan el ayuno.

La carne, con ó sin disidencias gremiales por la forma en que debe venderse la res, va siendo por su precio, artículo de lujo, y por su calidad artículo peligroso. De aquí que muchos, pero muchísimos, nos encontremos a luenga distancia de asados y pucheros y que en muchos hogares de familias numerosas pero indigentes, resulte día festivo de gran solemnidad, aquel en el que trasponen los umbrales de la cocina, unas cuantas piltrafas sanguinolentas adheridas a algún respetable hueso. Nos dice el Catecismo que la carne es uno de los enemigos del alma; en el país va siendo también enemigo del cuerpo y del bolsillo.

En cuanto a la observancia del ayuno, no ne-

cesitamos ya de las admoniciones de la Iglesia ni de la higiene, para respetarla; la situación económica de la República, la abundancia de numerario, las facilidades de ganarlo y la puntualidad con que todo el mundo cumple sus compromisos pecuniarios, puntualidad de que dan loable ejemplo los gobiernos y las intendencias, nos han llevado como por la mano a cumplir el precepto higiénico-religioso del ayuno, con lo cual aliviarnos al alma del pecado de la gula y libramos al cuerpo de indigestiones.

Antes, la presentación del miércoles de ceniza, era como una primera ojeada dirigida (en las

en el extinto fogón de su domicilio. Pero como todo no ha de ser penas en la vida, la Cuaresma, en medio de su melancólica tristeza, revuelta con potajes y verduras, trae también sus horas de alegría y sus momentos placenteros.

Los amantes platónicos pueden extasiarse en la muda contemplación del objeto amado, mientras ella asiste a los oficios divinos en el templo, llevada más que por devoción, por deseo de ofrecerse en espectáculo a su adorado doncel. Los aficionados a la caza de *palomas torcaces*, hallan en estos días numerosas y espléndidas bandadas en los atrios de las iglesias. Los maridos veleidosos, casados con mujeres devotas y víctimas, ellos, de la tiranía matrimonial, encuentran fácilmente relativa soltura mientras sus cónyuges asisten contritas, a completas, visperas y sermones. En suma, que la Cuaresma con sus tristezas, vigiliat, ayunos y abstinencias, ofrece también horas cariñosas y alegres para los que saben aprovecharlas.

No quiero terminar este artículo sin ocuparme de una costumbre eclesiástica modernísima, que aun siendo común al resto del año, se singulariza en esta época: me refiero a las conferencias ó pláticas dadas en muchas iglesias, para señoras solas, exclusivismo chocante lo mismo en este caso que nos ocupa, como en el de los libros y las habitaciones para hombres solos.

Se comprende que los párrocos u otros sacerdotes excluyeran en determinados casos a las damas, de los sermones y conferencias y éstas se dirigieran solamente a un público masculino, porque hay puntos de filosofía, sociología, etc. que no pueden desarrollarse ante señoras sin romper el molde en que hemos convenido en vaciar el respeto, la castidad y el decoro. Pero ¿qué temas puede desarrollar un sacerdote ante un público exclusivamente femenino, que no pueda tratarlos también ante los hombres? Los espíritus mal aconsejados ó escesivamente maliciosos, deducirán de este hecho conclusiones poco favorables para la oratoria sagrada y podrán llevar la maledicencia al extremo de asegurar que en esas homilias dedicadas al sexo débil, queda mal parada la autoridad del hombre y aun más, que se las predica la rebelión contra ella.

Por otra parte, ¿no hay en esta costumbre algo que pugna con la religión verdadera, algo esencialmente humano que empuje a las prácticas religiosas?

Esas pláticas sólo para señoras, no me parecen muy justificadas. El aparato de esas funciones, con publicidad amplia como los espectáculos, con exclusión de un sexo, con gran parada de coches en las inmediaciones de la iglesia y la correspondiente formación de curiosos y enamorados en el atrio y en la vereda opuesta creo que no ha de traer como consecuencia inmediata, el desarrollo de la Fe católica.

ADOLFO POLERO ESCAMILLA.

EL LADRÓN

Naturalmente exclamó el doctor Cifuentes—la historia que voy a referir a Vds. habrá de interesarles por su rareza heroica.

Se trata de uno de esos tipos que se lanzan a todo género de aventuras, armados de un valor indomable y despreciando siempre toda clase de peligros.

El sujeto a quien aludo había perdido al juego toda su fortuna, y apenas le quedaba lo necesario para atender a las más perentorias necesidades de la existencia.

Yo le conocía muy a fondo y le quería como esos tíos solterones quieren a sus sobrinos calaveras, cuyas faltas son irremediabilmente perdonadas.

Gustavo que así le llamaremos—me había elegido por confidente y me daba cuenta de todas sus travesuras, hablándome como si se refiriese a un amigo suyo y no a él.

Un día, en un baile, el pobre muchacho se enamoró perdidamente de una hermosísima joven, tan perversa y mal educada como admirable por su espléndida belleza.

La muchacha le correspondió y al poco tiempo

BELLAS ARTES



PAISAJE, por Parisi

clases menos acomodadas sobre todo) hacia un pavoroso porvenir de porotos, lentejas y bacalao, que aterrorizaba a los estómagos mejor templados para la lucha con farináceos y salazones. Hoy vemos la aproximación de ese porvenir, con la misma tranquilidad con que se recibe la llegada de un amigo a cuya visita estamos acostumbrados, por larga y desagradable que sea. Lo mucho, algún honrado individuo del gremio de cesantes, ve en la ceniza del miércoles, un símbolo, una especie de señal de que el fuego va a ser cosa de cocina de su casa durante muchos días, y si los calores aprietan mucho en esta época puede buscar refugio contra ellos

llegó a idolatrarle con una pasión frenética, violenta, indescriptible.

Entregada a sí misma por unos padres frívolos é imprudentes; neurótica á consecuencia de sus malsanas lecturas; instruida por lo que veía, por lo que oía y por lo que sorprendía en torno de su artificial y engañador candor, resolvió hacer su voluntad, sin cuidarse para nada de la actitud de sus progenitores, que infatuados con su abolengo y su dinero, sólo pensaban en casarla con un aristócrata cargado de millones.

Y la entereza de Gustavo se fué cansando poco á poco, arrastrada por la corriente que lo envolvía, llevándole á lo desconocido.

Los dos amantes se escribían con frecuencia y se reían en los bailes, hasta que los padres de la joven, conocedores al fin de las relaciones de su hija con mi amigo, resolvieron custodiar á la niña muy cuidadosamente, obligándola á permanecer encerrada en casa semanas enteras.

El doctor se interrumpió con los ojos inundados de lágrimas como si se sintiera nuevamente emocionado por los hechos que estaba relatando, y al poco rato prosiguió en los siguientes términos:

—Una noche, conteniendo la respiración y escuchando el ruido de sus pasos, como un malhechor que se introduce en una casa, saltó Gustavo la pared del jardín, trepó á la casa por una reja y entró á las habitaciones interiores por una ventana que casualmente encontró abierta.

Es de advertir que mi amigo conocía la casa, por haber estado varias veces en ella cuando nadie abrigaba la menor sospecha acerca del profundo amor que embargaba por completo su espíritu.

Eran las dos de la madrugada y todo el mundo dormía en la casa, cuyas principales salas cruzó Gustavo de puntillas, á fin de evitar que se oyera el más leve rumor.

Pero cuando iba á llegar al aposento de su amada, tuvo la desgracia de chocar contra una mesa que cayó en tierra, produciendo un ruido espantoso en medio de la noche.

Y por casualidad, ya sea que sufriera un ataque de jaqueca, ó que estuviera entretenida en la lectura de un libro interesante, la madre de la joven, aterrorizada por aquel ruido inesperado, que turbaba la solemne tranquilidad de la casa, saltó del lecho, abrió la puerta de su cuarto y distinguió una sombra fugitiva, cuya presencia la llenó de estupor.

Creviendo, como era natural, que se trataba de un ladrón, llamó á su marido y á sus criados, gritando con toda la fuerza de sus pulmones.

El desdichado, comprendiendo lo horrible de la situación en que se hallaba y prefiriendo pasar por un miserable ladrón antes que comprometer el honor de su amada, se apoderó á tientas de varios objetos menudos que encontró encima de varios muebles y con todos los bolsillos llenos de chucherías de alto precio, se acurrucó detrás de un piano de cola, como un animal vencido y alcanzado por el cazador que le persigue.

Allí le encontraron los criados, que acudieron presurosos con candelabros encendidos, y allí fué donde le insultaron, le echaron la mano al cuello, le maniataron y le condujeron, medio muerto de vergüenza y de terror, á la comisaría más cercana.

Gustavo se defendió ante sus jueces con fingida torpeza, sostuvo su papel sin el menor desfallecimiento, sin lanzar un suspiro de desesperación ó de angustia, y fué condenado, degradado y martirizado, como el más vil y miserable de los hombres.

Mi infortunado amigo no formuló protesta alguna y fué á cumplir su condena en medio de esos seres pervertidos á quienes rechaza la sociedad como maléfica y contagiosa plaga.

Gustavo murió de tristeza y de amargura, pronunciando en voz baja, como una plegaria extática, el adorado nombre del ídolo por quien se había sacrificado y remitiéndome por medio del sacerdote que le había dado la extremaunción un largo testamento, en el cual, sin acusar á nadie, sin levantar el más leve velo, explicaba al fin aquel enigma, se purificaba, se lavaba de las acusaciones, cuyo peso había soportado con sorprendente resignación hasta el momento de exhalar su último suspiro.

Después supe que la joven se había casado y había tenido hijos, á los que educa, al parecer, con la austera severidad de los padres de otros tiempos ya remotos.

SOMAR.

Alejandro Guesalaga

ENVIADO EXTRAORDINARIO Y MINISTRO PLENIPOTENCIARIO DE LA REPÚBLICA ARGENTINA EN EL PARAGUAY.

Es un diplomático de carrera y uno de los que están mejor conceptuados en el escalafón.

El señor Guesalaga nació en esta ciudad y pertenece á una antigua familia. Su bisabuelo don Juan Antonio de Guesalaga vino de España en 1791 con el cargo de «Administrador de las rentas de Montevideo» y su abuelo don José Anto-



D. ALEJANDRO GUESALAGA

ENVIADO EXTRAORDINARIO Y MINISTRO PLENIPOTENCIARIO DE LA REPÚBLICA ARGENTINA EN EL PARAGUAY.

nio de Guesalaga guerrero de la independencia militó bajo las órdenes del general Alvear: en la batalla de Ituzaingó mandaba un cuerpo en calidad de comandante de infantería, y su padre don Pedro Guesalaga fué un honorable caballero muy conocido de la vieja sociedad porteña. Su señora madre doña Bernardina Horne de Guesalaga pertenecía á una de las mejores familias de Montevideo.

El diplomático del cual nos ocupamos fué alumno de esta Universidad; secretario, en su juventud, de la Dirección de Correos á las órdenes de su padrino el Sr. D. Gervasio Antonio de Posadas, ingresó más tarde en el periodismo argentino como director en jefe de *El Comercio del Plata*, órgano vigoroso de los intereses comerciales, de 1878 á 1882.

Sus deseos de viajar por Europa y de instruirse, lo indujeron á ingresar en la carrera diplomática, y en 1883 entró en el Ministerio de Relaciones Exteriores en calidad de agregado de Legación. En 1884 fue nombrado Secretario de 2ª clase en la Confederación Suiza, ascendido á Secretario de 1ª clase en Lisboa en 1887, Encargado de Negocios en 1888 y 1889, trasladado á Alemania á fines de 1889, fué Secretario de 1ª clase en Viena en 1891 y en ese año formó parte de la Delegación en el Congreso Postal Universal de Viena; en seguida Secretario de 1ª clase en Rusia por extensión de la representación argentina á dicho Imperio, Encargado de Negocios en Berlín en distintas ocasiones, y Secretario de la misión confidencial en 1895 cerca del Vaticano, confiado al internacionalista señor Carlos Calvo.

En 1896 es ascendido á Ministro Residente en



Sr. DALMIRO BALAGUER

† EN BUENOS AIRES EL DÍA 14 DEL CORRIENTE

Bolivia y promovido á los cuatro meses, á propuesta del Canciller Alcorta, al grado de 1ª clase en el carácter de Enviado Extraordinario y Plenipotenciario.

En este puesto le ha tocado al Ministro Guesalaga actuar varios años en los momentos más delicados y difíciles porque atravesaran las relaciones internacionales de la república, mereciendo constantemente por su discreción y tino la más amplia y completa aprobación de su gobierno: la misión del Ministro Guesalaga en Bolivia según la prensa de aquel país y las expresiones públicas del Presidente Boliviano, general Pando en su discurso de despedida, ha sido la más fructífera para las relaciones entre ambos Estados.

Trasladado de orden superior al Paraguay, el señor Guesalaga ha aceptado su nueva situación como un deber de disciplina y obediencia.

El señor Guesalaga ha acreditado su labor publicando diferentes libros impresos en Alemania unos, y otros en esta capital.

Sus obras son las siguientes:

«La Instrucción pública en Alemania y en Suiza»;

«Agentes Diplomáticos—la exterritorialidad de sus deberes y funciones»;

«Estudio de las leyes de la guerra»;

«Estudio de los tratados de Comercio de la República Argentina»;

«Estudio del Arbitraje Internacional»; propósito del Congreso de Méjico; y su obra más reciente:

«Derecho Diplomático y Consular», que le ha merecido las felicitaciones del Instituto de Derecho Internacional de Francia.

Sr. Dalmiro Balaguer

† EN BUENOS AIRES EL DÍA 14 DEL CORRIENTE

El diputado Nacional, señor Balaguer, cuyo retrato hoy publicamos, siendo de triste actualidad su repentina fallecimiento, era una de las personalidades de nuestros círculos políticos, que mayores simpatías y afectos había logrado conquistar.

Nació en la provincia de San Juan, en 1866, y desde muy joven, emprendió la lucha política, descollando como orador vigoroso y periodista de brillante estilo, al asumir la dirección del diario *La Libertad*.

Tomó parte muy activa en la agrupación que derrocó la situación de 1890 y figuró convencional en el Rosario y Buenos Aires en 1891 y 1892. A los veinticinco años, era diputado al Congreso Nacional, por su provincia y durante el gobierno del Dr. Doncel ocupó los dos ministerios.

La inhumación de sus restos á que asistió una numerosa concurrencia, verificóse el día 15 del actual, partiendo el cortejo fúnebre del Congreso, cuyo presidente nombró una comisión de Diputados para velar el cadáver y al doctor Belisario Roldán para que hiciera uso de la palabra en el acto del sepelio, y en nombre de aquella corporación.

Del Libro de Lázaro

La pobre alma dijo al cuerpo:

«No te abandono; permanezco contigo; contigo quiero abismarme en la noche de la muerte, y contigo beber la nada. Has sido siempre otro yo; me has envuelto cariñosamente como en vestido de raso suavemente forrado de armiño; ¡ay! es preciso ahora que completamente desnudo, despojada de mi querido cuerpo, como un sér puramente abstracto, yo me lance á vagar, allá arriba, como una hada bienaventurada, en el reino de la luz, en esos vastos espacios del cielo donde las eternidades silenciosas se miran bostezando; allí se arrastran llenas de hastio y producen un ruido insipido con sus zapatillas de plomo. ¡Oh! ¡Esto es aterrador! ¡Ah! ¡Quédate aquí, conmigo, querido cuerpo!»

El cuerpo dijo á la pobre alma:

«¡Ah! Consuélate; no te aflijas de esa manera. Debemos sobrellevar resignados la suerte que nos depara el destino. Era yo la torcida de la lámpara; es menester que me consuma; tú, el espíritu, serás elegido para brillar allá arriba, lindísima estrellita de la claridad más pura. Yo soy ya solamente un harapo; no soy sino materia; caña hueca, es preciso que me deshaga y vuelva á ser lo que he sido: un poco de polvo. Adiós, y consuélate. Por otra parte, acaso en el cielo se divierta uno más de lo que tú crees. Si encuentras á la Osa Mayor en la bóveda celeste, dale muchas expresiones de mi parte.»

ENRIQUE HEINE.

EL PASADO CARNAVAL



PALCO OFICIAL DEL CORSO CUYO, DE ARTES A FLORIDA

Ya terminó el Carnaval de este año, tan animado y bullicioso como siempre.

Y digo terminó, mas no del todo; que aún le tenemos de cuerpo presente, hasta mañana domingo, que se verificará el entierro y le pondremos el R. I. P. hasta la próxima resurrección, que el Carnaval también es de los que resucitan, no al tercer día, pero sí a los trescientos y pico.

La alegría del Carnaval es característica: las voces chillonas de las mascaritas en los corsos y en los bailes, las notas alegres de los instrumentos músicos y ese ruido ensordecedor en general de que siempre viene rodeado el bullanguero Momo, dan a las Carnestolendas el verdadero carácter de fiesta de la locura.

Los corsos han estado animados y alegres, y todas las comisiones han rivalizado en el buen gusto para adornar y alumbrar las calles respectivas.

Debemos hacer mención especial del corso Cuyo, de Artes a Florida, que se ha distinguido por su hermosa iluminación, mereciendo los más sinceros plácemes los miembros de la Comisión organizadora, señores Felipe Nágera, Santiago L. Fumagalli y Pedro Veyriol.

La nota atrayente del expresado corso la dió el palco oficial, elegantemente adornado e iluminado a giorno, donde el Jurado, acompañado de distinguidas damas y hermosas señoritas, que con su presencia daban realce a la fiesta, tomaba nota de las muchas sociedades y comparsas que acudían a disputarse los artísticos premios ofrecidos por la Comisión.

Con el brillo de las luces, el brillo de los trajes y el brillo de los ojos de tanta niña bonita, puede decirse que el palco estaba sumamente brillante.

En esta página damos una vista fotográfica de él, y otra de la carroza presentada por «La Brasileña», la mejor que, a nuestro juicio, se ha exhibido en los corsos.

En las calles, por lo demás, reinó la armonía y la cultura por todas partes, pues la policía, como en años anteriores, prohibió el uso de bombas y de pomos.

Con lo cual estoy completamente de acuerdo.

Todo lo que huele a bomba debe suprimirse.

Y que rabien los anarquistas.

Respecto a los pomos ya es otra cosa.

Los pomos son armas inofensivas.

Además, su prohibición puede dar lugar a malas interpretaciones de la policía.

—A todos los que vean Vds. con pomos en la mano, me los detienen—había dicho el comisario.

Y a los pocos momentos se presentó un vigilante con un joven disfrazado de antiguo capitán español, al que había detenido por llevar puesta la mano en el pomo de la espada.

Y si Momo ha estado movido, Terpsicore lo ha estado más todavía. Esta diosa danzante, aliada indisoluble de Momo, y compañera inseparable de Venus y de Baco, ha hecho todo lo posible por distinguirse y sobresalir sobre su aliado, y yo creo que lo ha conseguido.

Bien es verdad que se trata de una diosa, y por aquello de pertenecer al sexo femenino, siempre ha de tener adoradores.

Y ella es ingrata, porque encima que la rinden culto miles y miles de personas de todas clases y categorías, poniendo en movimiento sus músculos ágiles y fuertes, les paga con el cansancio y la sofocación, cuando no con unas agujetas en las piernas que les prohíbe moverse en dos ó

tres días. Por cierto que haciendo notar esto a una joven modista que parecía un peón bailando, ó, para ser más propio el símil, una peonza, nos decía:

—¡Bah! A mí, que todo el año estoy manejando la aguja, ¿qué me van a importar las agujetas?

El baile es una manifestación de alegría y de agilidad, de la que no todas las personas son partidarias.

Eso de pasarse toda una noche sin dormir, en movimiento continuo, sudando, con el calor que siempre hace en el Carnaval, no ya el quilo, sino la arroba, y llegar a su casa cansado y soñoliento, será muy bonito y muy divertido, pero yo, ciertamente, no lo noto.

Y sin embargo, este año los bailes han estado tan concurridos como siempre, y en ellos la animación no ha decaído un solo momento: jóvenes fogosos y ninfas eróticas, viejos verdes y silfides amarillas, arlequines chirigoteros y colombinas pizpiretas, pierrots y pierretes, todos se han entregado a los dulces vaivenes de la danza, demostrándose una vez más que en este mundo de músicos y danzantes, son más los danzantes que los músicos.

Hay personas que en los tres días que dura el Carnaval no dejan uno solo de asistir al baile.

Entre éstos se halla un estudiante, amigo mío, que vive con un tío suyo, sacerdote.

Y llega a tal grado su afición, que cuando el tío le reprende su proceder, en vez de enmendarse, pretende llevarse a su tío también al baile.

—Mire usted, tío—le decía la otra noche.—Se disfraza usted de manera que nadie le conozca y se viene usted conmigo. ¡Ya verá usted cuánta alegría, cuánta muchacha y cuánto baila usted!

—¡Pero, hijo!...

—Nada, nada; usted se viene conmigo y baila de coronilla.

—¡Yo! ¡Un cura!...

—Pues por eso; los curas son los únicos que pueden bailar de coronilla.

—¡Quita, quita! ¡No dispartes!

—¿Pero es que el baile no es santo de su devoción?

—Yo no tengo devoción más que a los santos de la iglesia.

—Pues yo, entre todos los santos, sólo le tengo devoción a uno:

—¿A cuál?

—¡A San Pascual Bailón!

X. Y. Z.



CARROZA DE «LA BRASILEÑA»

EL DANZÓN

Al gran poeta mexicano,
Salvador Díaz Mirón.

¿Quieres, bardo genial, que te describa
el baile hermoso que en mi patria priva?

Si tu paleta mágica tuviera,
¡qué digno el cuadro de tus ojos fuera!
Pero, aunque débil mi pincel, lo pinta
y escoje para ti su mejor tinta.

Es, poeta, el danzón, ritmo cubano
con aires de andaluz y de africano.

Tiene las indolencias tropicales
con el cimbrar de los cañaverales.

Es al extraño disonante ruido
y canto delicioso á nuestro oído:

Música emocional que, cuando vibra,
es tósigo y estímulo en la fibra.

Esguincees tiene de elegante rango
y sacudidas gráficas de tango;

De tiple y de bandurria suavidades,
y de congo tambor, sonoridades.

Fué el danzón tolerado esparcimiento
en años de dolor y de tormento;

Reproche, al par, de intransigencia airada
contra una sociedad atribulada,

Que en él buscaba elixir embriagante,
como alivio á su pena torturante,

Y que, indolente y dócil cuando esclava,
para ser libre fué rebelde y brava!

Es el danzón, para hombres y mujeres,
el más fascinador de los placeres;

Va unido á nuestra suerte y existencia,
con él celebra el rico su opulencia,

Y en él buscando goces á la vida,
mi pobre pueblo su miseria olvida!...

Ese es el baile que el cubano sabe,
como en México el clásico jarabe,

La mazurka en Polonia, en Alemania,
el vals, y las cuadrillas en Rumania;

Como la jota en tierra aragonesa
y el bullidor can can en la francesa.

Cual esos tiene en la expresión artística,
su originalidad característica.

Hay que escucharlo en la criolla orquesta
y entre el tumulto de mestiza fiesta.

Da la señal el jefe del jolgorio
con un largo bastón de Directorio.

La bailadora típica, que enlaza
en tez, sangre y pasión, la doble raza,

Imprime á la tensión de su cadera
un rítmico temblor de bayadera.

Irguiendo el busto, digno de un Tanagra,
á Terpsicore entera se consagra.

Y haciendo de su cuerpo sierpe y lazo,
se ciñe al compañero en un abrazo.

Lleva desnuda la morena espalda,
ceñido el cinturón, corta la falda,

Una cinta en el pelo envuelto,
un flor, en que el mürice ha tocado,

Del dombo seno en el macizo lecho,
y un lazo, como grimpola, en el pecho.

Los labios muestra por el centro hendidos
al desgaste de besos repetidos,

Y tras el belfo, en vivo resalte,
brilla el oriente de perlado esmalte.

Más que ventanas, al placer abiertas,
de la nariz las palpitantes puertas,

Arrebola su faz transfigurada
de sus ojos la intensa llamarada;

La exhalación de su mirar acrece
entre el negro capuz que lo guarnece,

Y es su vista cual luz en la penumbra,
cuando está más oscura, más alumbra!

El compás con la lengua paladea
y con el pie en el piso lo rasguea.

Entregada al danzón, menos á él sorda,
con pespuntos de suela el piso borda,

Y si pintar pudiera el zapateado,
luciera el suelo original dechado.

El timbal la conduce en raudo giro,
ó se aduerme, ondulante, al son del güiro;

Del metal á los ecos serpentea,
ó al rumor de la cuerda se marca;

Sin sentir, aunque finge que á él se lanza,
el deleite sensual, si el de la danza,

Retiembla en su cadera curvilínea
la morbidez elástica virgínea

Y hay en su contorsión y paroxismo,
cual en la nota, etiópico atavismo.

Quita á su compañero el jipijapa
y la zalea de sus rizos tapa,

Poniendo nueva nota á su desgarró,
al clavar en los dientes el cigarro.

A su alrededor, con zumbo de arboleada,
la desgajada muchedumbre rueda;

Baña el sudor los rostros agitados,
por la eléctrica luz abrigados;

Cien olores, en mezcla sofocante,
un perfume combinan excitante,

Y del salón se esparce en la onda tibia,
como un vaho enervante de lascivia...

Ese es el baile que el cubano sabe,
como en México el clásico jarabe.

Va unido á nuestra suerte y existencia,
con él celebra el rico su opulencia,

Y en él buscando goces á la vida,
mi pobre pueblo su miseria olvida!...

MANUEL S. PICHARDO.

Habana (Cuba).

Los puros del General

Yo no sé como los fabricantes de cigarros que, en este país están hoy á la cabeza de su movimiento artístico y literario (lo digo sin malicia) siendo los únicos que sobre gobiernos y potentados estimulan á los que con el lápiz ó la pluma ensayan sus primeros vuelos hacia las cumbres de la gloria, no sé, decía, como entre las mil fantasías que le sugiere la fiebre del reclame, no han puesto aun á contribución la fama tradicional del general Mitre, como la del más grande fumador quizá de Sud-América.

Podrían perfectamente ampliar el círculo de los pintores y de los literatos, para introducir en él á los economistas, químicos, físicos, mecánicos, etc., presentándoles una serie de incógnitas, que, una vez resueltas, no dejarían de tener su interés, sobre todo hoy que la gente desocupada por el lado de las finanzas que duermen su sueño de boa después de haberse tragado medio país, y de la política que pertenece ya al dominio de los sindicatos de confecciones hechas, especie de Gath & Chaves de la opinión barata y para todos los gustos, está perfectamente apta y en disponibilidad para dedicarse á este género de charadas.

El general que ha sido un hombre sóbrio en todos sus gustos, ha tenido no obstante, dos pasiones dominantes: los libros y el cigarro.

Dejemos á los libros en el limbo de su biblioteca, y ocupémonos de los cigarros que son los que aún arden en el fuego eterno del vicio.

Diffícilmente se recuerda al general Mitre en los años de su actividad política ó militar, sin el cigarro habano en los labios.

Dado este dato, habría que resolver lo siguiente:

¿Cuántos puros habrá fumado el general desde la primera tagarnina que, como á todo mortal, le causaría seguramente el mal rato consabido, hasta estos momentos en que, aun cuando con alguna parsimonia, sigue quemando la preciosa hoja de la vuelta-abajo?

¿Qué cantidad de calor podrá haber desarrollado el fuego de esos tabacos, encendidos y consumidos hasta su fin?

¿Qué espacio ocuparía en el ambiente la nube de humo de una densidad establecida, desarrollada por la combustión de los citados puros?

¿Qué fuerza de succión ó aspirante, habrá empleado el citado fumador para hacer arder y consumir esos cigarros?

Et sic de ceteris.

Mientras ofrezco gratis esta idea á la propaganda tabacalera, evoco antiguas reminiscencias de este vicio en el gran hombre, haciendo ese viaje retrógrado hacia la juventud, tan grato á los que ya tenemos que apelar al freno de los recuerdos para atenuar en lo posible la rapidez del descenso hacia el horizonte brumoso que oculta el fin de la última jornada.

El Ejército Aliado estaba aún en la provincia de Corrientes.

Campábamos en las Ensenaditas, y eran los momentos en que nos preparábamos para efectuar el tan temido pasaje del Paso de la Patria, en el Paraná, esa proeza militar, una de las más ingeniosas y atrevidas que tal vez se registren en los anales de la estrategia moderna.

Teníamos enfrente, defendiendo el paso, á la fortaleza de Itapirú, artillada con gruesos cañones de sesenta y ocho, que, en un momento dado, podían barrer un extenso radio en el abra despejada del río que daba acceso al histórico paso; pero eso era nada comparado con el enemigo valiente hasta lo fabuloso, sagaz, temerario, conocedor del terreno que pisaba, y al que íbamos por la primera vez á atacar en su propia casa.

Ya, más de una vez, y con esa maravillosa astucia del misterioso y temido *thug* indiano, se nos había aparecido repentinamente entre las sombras de la noche, vadeando el río silenciosamente, á nado ó en débiles canoas, ya asaltando

los poderosos acorazados, ya sorprendiendo destacamentos en las islas adyacentes, ya cayendo de improviso sobre nuestras avanzadas, y ocupando los bosques que bordaban la rivera argentina, de donde habíamos tenido que desalojarlo á viva fuerza, aunque siempre con pérdidas importantes para nuestras armas, más que por el número, por la calidad de las víctimas.

Se había dado orden de aligerar los bagajes, limitándolos puramente á lo indispensable, y depositando el resto en el parque general de reserva que quedaba á las órdenes del coronel don Federico Baez.

Lo indispensable era una cosa así como el cuerpo gentil.

Aunque se rodeaba de un absoluto misterio la fecha y el instante del pasaje, se calculaba por la activa ejecución de ciertas medidas preliminares, que aquél debía efectuarse de un momento á otro, y una alegría nerviosa, entusiasta, comunicativa, agitaba á todo el ejército, contrastando con el malhumorado aburrimiento que la larga estadia en aquel sitio, ya malsano por la aglomeración de tanta gente en un reducido perímetro, había pesado hasta pocos días antes sobre el espíritu de la tropa, ávida de actividad y de aventuras guerreras, y cuyas manifestaciones de disgusto apenas podía acallar la disciplina y el respeto que inspiraban los superiores.

En esa disposición, pues, liadas mochilas, baúl, carpas, etc., en grandes fardos que marchaban ya al depósito general, cuál no sería nuestro estupor en el Cuartel General al ver llegar una mañana de la ciudad de Corrientes, un carro trayendo varios cajones, consignados al General en Jefe.

Visiblemente fastidiado éste (y es necesario que lo esté mucho para que se le conozca) iba ya á ordenar el inmediato regreso del vehículo con su carga al punto de expedición, cuando cambiando repentinamente de idea dijo:

—¡A ver! Que descarguen eso.

Los ayudantes formamos rueda en torno de los bultos misteriosos, que, además del rótulo de dirección, traían los muy sugestivos de: *Frágil Tapa, Cuidado con la humedad. Abrir con delicadeza*, etc.

El general se paseaba indiferente y como olvidado ya de los misteriosos cajones, fumando su eterno habano, y sin dignarse echar una mirada hacia nosotros, que lanzándole las nuestras furtivas é interrogantes, hacíamos comentarios á media voz sobre los bultos aquellos, con la misma impertinente insistencia de unos chiquillos que quisieran á toda costa *ver lo que había adentro*.

Convencidos de que nuestras tentativas eran infructuosas, y que tendríamos por ese día que resignarnos á envainar nuestra curiosidad, íbamos ya á retirarnos, cuando llegó de improviso é impetuosamente, como era de práctica, don Emilio.

Se sabe que entre nosotros no ha habido más que un «Don Emilio»: el gallardo, valeroso, caballeresco é inolvidable general don Emilio Mitre.

Don Emilio, era el antitesis vivo de don Bartolo.

Alto, fornido, atlético, vivaz, impresionable, vehemente... pero no hago biografías y menos retratos. Vuelvo, pues, á mi cuento.

Venia don Emilio con toda la *eucaristia* encima, como él decía, porque llamándosele vulgar y cariñosamente «el vasco», por la analogía de su físico y de su carácter con los de esta raza selecta, cuando se le subía la mostaza á las narices, decía él que andaba con el consabido sacramento á cuestras, aludiendo á la semejanza fonética que existe entre las palabras *eúskaro* y *eucarístico*.

—¡Buenos días, general!—gruñó llevándose la mano al kepi, y saludando al Presidente, su hermano, á quien tanto en actos de servicio como íntimos y familiares, trataba siempre con la mayor corrección y respeto.

—Buenos días—contestó don Bartolo, prosiguiendo su paseo.

En una vuelta de éste, se encará con don Emilio, y mirándolo friamente le dijo:

—¿Hay algo de nuevo?

—Yo estoy pronto; Paunero lo está también; Flores, no hay ni que decirlo, porque siempre lo ha estado... Osorio es el que rabia... Es que hay un ejército de mujeres, y no sabe el pobre mariscal que hacer de ellas.

—También es antojo!

—Mire Vd. que venir á la guerra con familia!

El generalísimo emprendió de nuevo su paseo, fumando con delicia su cigarro.

Don Emilio prosiguió:

—Porque éstas se han venido hasta con muebles... Nuestras chinas son útiles hasta en el día del combate. Ellas llevan agua á las tropas; ellas atienden á los heridos; ellas aprovechan la

L. ADHÉMAR

ARTICULOS PARA BAÑO

SUIPACHA Y CANGALLO

CALZADO "MARCA FAROL"

PRECIO ÚNICO \$ 10 EL PAR

CANGALLO 461 y B. MITRE 618.—Buenos Aires

menor tregua para dar siquiera un mate á los que desfallecen por la pérdida de la sangre ó la fatiga.... ¡pero éstas!....

¿Por supuesto que irán al depósito también?

¡Pobre coronel Baez!

Nosotros ya dormimos al raso, y no tenemos sino lo puesto....

¿Quiere, general, que le haga llevar esos cajones?....

El general pareció recordar recién entonces que había hecho descargar los bultos aquéllos, y al dirigir hacia ellos su mirada y vernos á nosotros en correcta formación como haciéndoles guardia, debió sentir un movimiento de condescendencia paternal, porque llamando á Andrés, su fiel servidor, le ordenó que los abriera.

No le faltaron ayudantes á Andrés para efectuar la operación, y en un abrir y cerrar de ojos, el misterio había volado, dejando su sitio á un verdadero deslumbramiento.

¡Aquellos cajones contenían conservas y cajas de cigarros!

Era un presente regio de don Ambrosio Lezica al general en jefe del Ejército Aliado, que anticipaba á los ¡hurra! de la victoria.

Las conservas se pasaron por alto un poco despreciativamente tal vez, aun cuando no era muy variado el *menú* de nuestras comidas camperas; pero ¡los cigarros!....

Era aquella una verdadera visión de la montaña, para el mismo austero é intransigente jefe que acababa de dictar una orden general á los 60.000 hombres de su mando, prohibiéndoles hasta llevar fósforos en los bolsillos. ó poco menos ¡figúrense ustedes lo que sería para nosotros!

Andrés sacaba en tanto las cajas sahumadas con ese olor peculiar formado por el aroma del cedro del envase, y el exquisito perfume de la hoja veguera, y nos las pasaba para que leyéramos sus etiquetas marcadas á fuego: «Partagás», «Allones», «Hoyo de Monterrey», «Hupman», «Murias», «Imperiales», «Bocks», etc.

—¡Pero es una cigarrería! —exclamó don Emilio, que aunque fumador impertérrito era perfectamente eclético, y cuando faltaban habanos, se le agachaba sin asco á los paraguayos chorreando nicotina, y hasta al negro meloso y nauseabundo.

—¡Es una feliz ocurrencia la de don Ambrosio! —murmuró suspirando el general.

—¡Mire Vd. que momentos para mandarme eso!....

¡Eso!

No condecía el vocablo despreciativo, con la mirada golosa que, como una rara excepción en él, paseaba por sobre las cajas relucientes.

—¿Cómo los llevo? —añadió pensativo. —¡Imposible!

—¡Al depósito! —exclamó don Emilio. —Es lástima, porque allí me parece que poco les van á valer todos esos letreros de *frágil, tapa cuidadosa con la humedad, abrir con delicadeza*.... etc.

—¡Hum! —hizo el general. —Y levantando luego la cabeza, dirigió al grupo de los ayudantes una mirada interrogativa.

—¿No se les ocurre á Vds. nada? —añadió.

El más audaz (no recuerdo quien fué) dijo entonces:

—Con su permiso, General, yo creo que *eso*, —y designó con los labios estirados las cajas apiladas— sería de muy fácil transporte.

—¿Cómo?

—Repartiéndolas.

El General giró sobre sus talones para ocultar una sonrisa irreprimible arrancada por aquella salida, mientras los compañeros apretaban furtivamente la mano, en señal de felicitaciones, al de la soberbia idea.

—No está mal pensado —exclamó riendo francamente don Emilio. —Estos muchachos se van haciendo muy pronto veteranos.

—¡Andrés! —dijo con su acento pálido y desabrido don Bartolo, como si ya no se tratara de aquello: —Que me ensillen el oscuro.

General, ¿quiere Vd. pasar?

Señores, vamos á visitar la línea. Y acom-

pañado de don Emilio, se metió en su tienda de campaña.

De vuelta de nuestra visita al ejército que, dicho sea de paso, hallamos vibrante de entusiasmo, y según la expresión vulgar, «saliéndose de la vaina», nos encontramos con una agradable sorpresa.

Nuestros respectivos asistentes nos esperaban con un paquete cada uno, enviado de parte del General.

Era la idea puesta en acción. Nuestro jefe, á pesar de la aparente indiferencia con que había puesto punto final al diálogo de los cigarros, antes de partir para la línea, había dejado sus órdenes á su sirviente y mayordomo, y el reparto aconsejado, se había llevado á cabo como la cosa más sencilla y natural.

Abri mi paquete nerviosamente.



REPÚBLICA ARGENTINA.—LAGUNA DE LOS PADRES EN LOS ALREDEDORES DE MAR DEL PLATA

Una terrible decepción asaltó mi espíritu.

En mi legado, abundaban las conservas, y apenas, como una cosa adyacente y supernumeraria, se veían un par de pequeñas cajas de *damitas*.

Aquello era un error.

Ese paquete debía pertenecerle al Mayor Obregoso que era el más comilón del cuartel general. Además, Obregoso fumaba en pito, en cuya hornilla consumía hasta hojas de espinillo cuando no había tabaco.

¿Qué sabía él lo que era la sagrada delicia de un Hupman levemente aspirado en pequeñas succiones vaporosas, cuyas aromáticas emanaciones, después de acariciar el cerebro excitado por el más misterioso y sutil de los estimulantes, iban á perderse en ondas azules en el éter diáfano que llenaban de sugestivos aromas?

¿Cuándo había soñado él, como bajo el imperio de un *hatchis* mágico, con esas dulces visiones que idealizan las fugaces fiebres de la mente, excitadas por el vaho perfumado de un Allones lentamente consumido entre los sorbos de un café aromático, y las emanaciones sutiles de un exquisito *fine champagne*?

¿Qué le había dicho esa brasa mortecina que forma hogar bajo los velos deleznable de la blanca ceniza de un Partagás, de un Monterrey, ó de un Imperial de Juister, cuando á cada aspiración que se convierte en cúmulos de incienso, parpadea ardiente y rojiza, reconcentrándose luego adormecida, bajo el sutil cono de sus propios despojos, como el genio creador é inmortal suele dormir bajo la escoria mortal de sus propias divinas creaciones?

¡No! ¡Aquello no podía ser! ¡Era un error, una mistificación, una burla!

Inquirí, y supe efectivamente que, tanto Obregoso como otros profanos de los sublimes misterios que atesora un puro, habían sido mejorados en el reparto, con una cantidad superior de cajas de habanos, en razón directa al profuso *acuartillado*, según el término cordobés, de las conservas.

En un momento de primitiva indignación, pensé elevar mi queja directa al General en Jefe, haciéndole ver la hiriente y hasta irrisoria injusticia que entrañaba aquel reparto, que no solamente atentaba á mis predilecciones conocidas, sino que hasta moralmente caricaturaba mis instintos de hombre elegante y de buen gusto.

Afortunadamente, recapacité antes de dar este paso, que tal vez se habría prestado á quien sabe que risueños comentarios de parte de mi superior y compañeros, y opté por la vía diplomática.

Me acerqué á Obregoso.

La suerte me deparáó un momento propicio.

En mangas de camisa, rodeado de cuatro amigotes, viejos veteranos como él, bajo la fronda del naranjal, espachurraba una tras otras las latas de conservas, de las que se escapaba un capitoso olor á trufas, sirviendo con cuchara á sus comensales, y en platos con *colmo*, montañas de *paté de foie gras*, *salmi de lièvre au champagne galantine de faisán* y otras chucherías por el estilo.

Reían con la boca llena, al mismo tiempo que le ponían los más graciosos mote á aquellos guisotes de los gringos, que *¡dian de s'iban á comparar con una güena carbonada con choclos, duraznos y zapallo!*

Desgraciadamente, no se encontraban por aquellas alturas los apetitosos componentes del plato nacional, y como á falta de pan, buenas son tortas, había que conformarse con comer aquellas porquerías extranjeras.

Lamian golosamente las latas, no obstante su expresiva repugnancia, cuando me decidí á presentarme.

—¡Hijito! ¡Llegás tarde! —exclamó Obregoso con su natural y cariñosa bonhomía, así que me apercebí: —¿No ves? ¡No han dejado ni pa los perros! Pero si querés te abro otra lata de esas... ¡A

lo que salga!... Güeno, la verdá es que todo es lo mismo; puro masacote con grasa y bolitas negras adentro.

—Ya he almorzado, Mayor—contesté saludando y sentándome en un cajón que me acercó un soldado.

—Entonces te voy á dar un cigarro. ¿A vos también, de juro, te habrá mandao el «viejo»?

Afirmé, con la cabeza.

—Ahí tengo una pila ansina—prosiguió, señalando unos treinta centímetros de altura con sus manos. —¡Yo no sé pa que diablos me ha cargao con eso!

Yo los pico pal pito, pero son como paja. Estos dicen que prefieren un buen negro en chala, aunque sea del tabaco de ración, de ese que se le pega á uno el naco en los dedos á juerza de la melaza y la pichua con que viene curao. Más vale que me hubiera mandao ración doble de estas latas, que al fin y al cabo, si no hay carniada el día del bandedo, nos asegura siquiera el almuerzo aunque sea á dedo y á caballo.

Su observación era práctica y juiciosa, pero el intenso gozo que me producía aquel desprecio por los habanos, que me facilitaba el intercam-

bio soñado, no me dejó pensar en la profunda y previsible verdad que encerraba aquel dicho veterano.

Pasado el almuerzo, y despedidos los comensales, abordé neta y francamente mi asunto, y la transacción fué efectuada con el éxito más completo.

Esa noche dormí teniendo por cabecera, bajo las dobleces de mi jaique blanco, un verdadero mundo de ensueños, encerrado en las cajas de los puros reconquistados.

Efectuamos por fin el tan temido paso del río, dejando chasqueado al Paraná en sus pretensiones de quien sabe que dramáticas y sangrientas proezas guerreras que hacia días murmuraban sus aguas corrientes, pues nos metimos por las *Tres bocas* en el Río Paraguay, y allí, avanzando por un veredón paralelo al río primeramente nombrado, amparados por el fuego de las cañoneras brasileñas que tomaban de flanco a los que

miento del mecanismo ordinario y regular de la vida fisiológica, ésta recobró su imperio, y empezó por gritarnos desde el estómago:

«¡No se vive tan sólo de victorias!»

«¡Es necesario comer!»

La carneada se hacía en la costa argentina, y aunque dominado el río por completo, no era cosa llana en medio al sucesivo paso de tropas que se efectuaba, puede decirse, en pleno combate, y que ocupaba la casi totalidad de los remolques en comboyar grandes chatas cargadas de hombres, caballos, y artillería, proveer simultáneamente de víveres a las tropas en acción.

Un puro en ayunas no es de seguro un reconfortante del organismo, y si á este se sigue otro, y otro, acaba la mucosa por revelarse y decir: ¡basta!

Tenia hambre, pero había festejado yo tan bulliciosamente mi cambio de conservas por habanos, que no me atrevía en aquel primer día de prueba á recurrir á los entonces felices poseedores de las prosaicas latas.

Para mejor, empezó á llover.

Para mi creo, que mis subalternos se permitían fumar.

—¡Yo no he pedido nada!—grité mal humorado, y como un bicho de sexto atacado fuera de su capullo, me arrebujé rápidamente en el fondo de la hamaca, envolviéndome la cabeza con la esclavina del capote.

No sé el tiempo que permanecería así, asoporado, febriciente, sintiendo como el golpe isócrono de un reloj en mis sienes calenturientas, y mil retortijones angustiosos en mi estómago vacío.

Me despertó una voz que me decía discretamente al oído:

—¡Capitán! ¡Capitán! ¡El General lo llama!

Salté de mi hamaca, y me encontré frente á frente de Andrés que me sonreía.

—¡Capitán!—me dijo.—El General lo invita á cenar en su compañía.

Me agarré de una rama para no caer.

—Al mismo tiempo—prosiguió el asistente—le pregunta si por casualidad ha traído algunos cigarros, porque tanto los de él como los de los



REPÚBLICA ARGENTINA.—RECOLECCIÓN DE LA UVA EN SAN JUAN

tan brava como inútilmente defendían el suelo patrio contra la primera invasión de las armas aliadas, avanzamos, haciéndonos dueños por tierra de la temible fortaleza de Itapirú, atravesando luego en puente de canoas una gran laguna formada por el desborde de los dos ríos, dejando en llamas al pueblito de Pedro González, y marchando, siempre vencedores, hacia el célebre é histórico Tuyutí.

La primera noche de conquista la habíamos pasado en el estrecho veredón abierto como un túnel en el bosque vivo y enmarañado.

Allí, entre los hombres y caballos muertos, las cureñas destrozadas, las armas inútiles, los lamentos de los heridos y los estertores de los que expiraban en las tinieblas que extrañábamos no ver á cada instante iluminadas por una aureola de gloria, pasamos esa noche con el alma palpitante y atónita.

Calmada la excitación nerviosa que nos había mantenido ajenos por completo al funciona-

Una de esas lluvias tropicales que caen á baldes desde las nubes rotas é inagotables.

Colgué mi hamaca inseparable en un árbol, hice extender sobre ella un maneador bien tirante, me envolví en el capote, y me eché en aquel lecho aéreo cubriéndome por encima del maneador con mi capa de goma y teniendo siempre por almohada la baliña repleta de puros.

—¡Qué había de dormir!

Mil visiones de succulentas galantinas trufadas, de doradas becasinas con el pico hundido en una rebanada de tocino, de solomillos de liebre rociados por una salsa aromática y apetitosa, de rajadas de jamón purpúreo, orladas por una faja de blanca gordura sobre la que el glacé acaramelado frangeaba sus dorados perfiles, danzaban en mi cerebro, llevando á mis narices el vaho delicioso de sus perfumes característicos.

Un taponazo de botella de champagne, detonando casi en mis oídos, me hizo saltar en mi móvil lecho, como si hubiera recibido un tiro á quema-ropa.

Era mi asistente Figueron, que poseía mil dones de imitación, y que en esos momentos alzaba triunfalmente su *chiste* lleno de agua del Paraná, después de haber chasqueado humorísticamente la lengua en el paladar, como un bohemio de Murger, al convidar á sus compañeros con el refrigerante vino fluvial.

—¡Fuego para el capitán!—gritó una voz.

Nadie podía ya suponerme despierto sino con un cigarro encendido en la boca.

demás ayudantes, se han quedado en las chatas con la confusión del desembarque.

—Dígame Vd. al General—respondí entonces hiriéndome con dignidad—que agradezco la invitación, y que voy en seguida.

Dos minutos después me presentaba en el cobertizo de ramas y paja que, á manera de un nido de matreros se le había improvisado al General en Jefe del Ejército Aliado.

Mi entrada fué triunfal como la de un príncipe de Oriente visitando al poderoso jefe del islamismo.

No llevaba diamantes de Ceylan, oro de Ofir, ni perlas de Golconda, pero al sacar de debajo de mi capote militar una caja de exquisitos puros, sellada con la marca de Murias, una exclamación gozosa se escapó de todos los labios, y el General, en cuyas manos deposité el presente, murmuró sonriendo:

—Después del pasaje, esta es la más feliz ocurrencia del día. Casi casi debería empezarse la cena por los puros.

NICOLÁS GRANADA.

LOS AFAMADOS
CORSES
MARCA C.P. SIRENE SE VENDEN
UNICAMENTE
A LA CIUDAD DE MEXICO
FLORIDA ESQUINA CUYO
BUENOS AIRES

VINOS Y LICORES
CALVET & CIA
CALLE CUYO 826-34
BUENOS-AIRES

PERLAS.



SRA. MARÍA RIVERO DE MENA
(Chilena)



SRA. BERTA DEMARIA
(Oriental)



SRA. CLARA HANZ DE SEMINARIO
(Peruana)



SRA. ROSALVA SMITH DE ESCOBAR
(Chilena)



REPÚBLICA ARGENTINA.—ALREDEDORES DEL PUERTO MADRYN, EN TIERRA DEL FUEGO

EL ROSAL

—Sí, mi querido Carlos, los que habéis permanecido solteros, sin experimentar ese inmenso bienestar que el hogar produce, embalsamando su aire puro el perfume suave y santo que le presta la mujer propia, cuando ésta se consagra tan sólo a rodear nuestra existencia con todos esos mil delicados detalles que el amor honrado sabe proporcionar, no podéis comprender mi aislamiento, ni el placer que tengo en vivir solo, solo, con su recuerdo.

Callé y mi amigo Juan continuó de esta manera:

—Yo tenía ya treinta y nueve años cuando me casé, y María tan sólo dieciocho. Podía ser su padre. Mis sienes empezaban a grisear y en mi rostro se acentuaban algunos surcos, precursores de una vejez anticipada, efecto de mi vida turbulenta.

En María, por el contrario, todo era juventud, todo frescura.

Educada por una madre tan cariñosa como severa, no había ni entrevisto, a través de la curiosidad femenina, nada de los misterios del amor.

Al ser mi esposa, penetré en un mundo desconocido, y yo, adiestrado en las luchas galantes de mi vida aventurera, experimentaba un inconcebible placer en ir descubriendo una por una, las hermosas páginas del libro del amor, en los que caminaba de sorpresa en sorpresa.

Pero, si desconocido era aquel mundo para ella, no resultaba menos desconocido para mí.

Ella, al dar sus primeros pasos en la senda del amor, y yo al dar los últimos, nos encontrábamos en un estado psicológico parecido.

Todo en mí, era nuevo para ella; todo en ella, era nuevo para mí.

Jamás en mi vida de tenorio, había saboreado aquellos besos ardientes, impregnados de castidad.

De todas cuantas mujeres había creído amar, no recordaba una sola que me hubiese hecho sentir los inefables deleites de aquella amalgama incomprensible de pasión y de inocencia.

Dos años vivimos, enteramente consagrados el uno al otro. Alejados del mundo, ajenos a cuanto nos rodeaba, creyendo que la humanidad se condensaba en una sola palabra: *nosotros*.

La muerte de su santa madre favoreció nuestro aislamiento.

Un día, mirándose en un espejo, me dijo:

—Ya pronto voy a quitarme este horrible ves-

tido negro que me sienta tan mal. ¿Verdad que estoy muy fea con él? Además, lo negro tiene el triste privilegio de hacer que nazcan ideas tristes. El primer traje que me haga, terminado el luto, ha de ser color de rosa. Me acuerdo del traje rosa que estrené para ir a mi primer baile. Me adorné la cabeza y el pecho con camelias blancas y te aseguro que di golpe, que estaba verdaderamente linda. Mas, ¿te ríes? Pues sabe que hubo muchos que me lo dijeron.

—No te creía tan coquetilla—la contesté.—Y, ¿cuando voy a verte vestida de color de rosa?

—Lo antes posible. Voy a mandarme hacer mañana mismo un batón rosa, para ponérmelo por las noches cuando estemos solos. ¡Ya verás!

La graciosa indignación de su coquetería, hacía brillar sus ojos negros, bajo el dosel aterciopelado de sus largas pestañas, y en medio de su blancura nacarada, se destacó un rosetón rojo que hacía más prominentes sus pómulos.

—Sí, quiero vestirme de rosa; es mi color favorito. Tanto que si me llegare a morir antes que tú, te encargo que plantes un rosal junto a mi sepultura.

—Vaya, veo que el color rosa, hace nacer en tí ideas más tristes aún que el negro.

—Tú tienes la culpa, por dudar que estaba muy linda con aquel traje.

—No; no lo estabas, lo estás siempre, vida mía.

La dije acariciando su rostro infantil.

El contacto de su piel me abrasó la mano.

—Estás ardiendo. ¿Qué tienes?

—¿Yo? Qué disparate, siento frío.

Aquel fué el primer síntoma de la cruel enfermedad que me la arrebató de los brazos.

Desde entonces cambió rápidamente. Creía no tener más que un catarro, pero enflaquecía visiblemente, y, una noche, noche bien triste para mí, lanzó, en medio de tenaces golpes de tos, algunos espantos de sangre.

Verdaderamente alarmado llamé al día siguiente al médico.

¡Con cuánta ansiedad le miraba recorrer con el estetoscopio aplicado al oído, las paredes de aquel pecho, nido encantador de mis amores, para inspeccionar por la auscultación el estado de sus pulmones!

—¿No es cierto, doctor—le dijo sonriendo alegremente—que es un catarro sin importancia?

—Un catarro que hay que cuidar—respondió aquel con tono grave.—Los catarros en esta estación suelen durar todo el invierno.

¡Todo el invierno! ¡Y aquél me la robó en seis semanas!

El doctor salió y yo le acompañé para preguntarle.

—Es muy serio—me dijo.—Los pulmones están atacados. La ha descuidado usted. Pero, como es fuerte y joven, ¿quién sabe? Conviene que la lleve usted a las Sierras de Córdoba, a Cosquín. Se han visto milagros, operados por aquel clima. Y salió.

¡Milagro! ¿Había que esperar todo de un milagro?

¿Descuido? ¡Y cómo se previene uno de un traidor!

María me llamó. Quería saber lo que había dicho el doctor.

¡Suplicio horrible! Tener que mentir en todo momento y verme obligado a simular alegría y tranquilidad, cuando mi alma rebosaba amargura é inquietud.

—Dice que conviene que nos vayamos al campo.

—¿En esta estación? Bien. Yendo contigo.

Me creyó y no se inquietó más. Pero la enfermedad avanzó con rapidez cruel. Sus pómulos se hacían más salientes. Sus ojos negros agrandados por la fiebre, brillaban intensamente, hundidos en las órbitas.

Y sin embargo, a pesar de las terribles noches que pasaba, molestanda por aquella tos tenaz que angustiaba de oír, por el día parecía olvidarse de su mal; y, apoyada sobre los almohadones, hablaba alegremente de sus proyectos para cuando estuviese buena, ó me hacía que la leyese.

A veces me hacía dudar a mí mismo de su gravedad; ¡olvidaba que este es uno de los síntomas de tan temible dolencia!

Por un fenómeno de verdadera obsesión, tan propio de estos enfermos, una idea fija la perseguía tenazmente: *su traje color de rosa*.

Viéndola acariciar siempre aquel deseo, un día me decidí a mandarla hacer el batón rosa. Tantos veces me lo había descrito con sus más mínimos detalles, que fácilmente me hice comprender por la modista, y pocos días después tuve el triste placer de estender sobre su lecho, mientras dormía, aquel batón Luis XV, de surá rosa, que tanto había deseado.

Una exclamación de infantil alegría, se escapó de sus labios al abrir los ojos, dirigiéndome una mirada tan llena de luz y de felicidad, que me recordó las de aquellos días de salud y de dicha, que no debían volver jamás.

Tocaba la tela, los encajes, admiraba el color y relía como una niña, con su triste risa de enferma. Creyéndose ya buena, hizo un esfuerzo

para levantarse y cayó desvanecida sobre los almohadones, conservando entre las manos su tesoro.

Cuando la vi palidecer, con ese color de cera, que formaba contraste aún más saliente sobre el color rosa del batón, maldije la idea que había tenido y traté de retirar dulcemente aquella tela fatal. Mi movimiento la despertó y sonriendo tristemente me dijo:

—Si, llévate y guárdale para cuando me levante; pero prométeme que me le he de poner la primera vez que salga de esta detestable cama.

—Te lo prometo.

—¡En qué tristes circunstancias cumplí mi promesa!

Por las mejillas morenas y prematuramente rugosas de mi amigo Juan rodaron dos gruesos lagrimones, y por mi parte sentía tal opresión en el pecho, que no me permitió articular una frase, concretándome á estrechar fuertemente su mano.

—Una noche—continuó—el 30 de Agosto, María reposaba, con la cabeza inclinada sobre los almohadones con aire de profunda laxitud.

La lámpara inglesa colocada sobre un veladorcito, esparcía por la habitación su claridad discreta, suavizada por una pantalla azul pálido.

Yo la miraba extasiado. Jamás había dormido más tranquila.

Llegó esa hora triste y fría, en que el sol va á aparecer sobre un cielo brumoso y gris. La vi estremecerse intensamente sin abrir los ojos y corrí hacia ella.

—¿Tienes frío, vida mía?

¡Oh! sí. Estaba fría, pero con esa frialdad mármorea que nada ya podía deshacer...

Quedé como de piedra. Como el hombre que ha recibido un golpe, queda aturdido sin saber que le ha pasado. Iba y venía maquinalmente, hablaba y respondía como en sueños, sintiendo un gran vacío en la cabeza y una incapacidad absoluta de pensar.

Solamente cuando vi que algunas amigas se acercaban al lecho para cumplir sus últimos deberes con María, una idea surgió clara entre el tumulto de mi cerebro. Mandé que me dejaran solo con ella y en tono tan decidido y firme, que me hice obedecer.

Entonces busqué el batón rosa, y sin temblar, automáticamente, comencé á vestir á María. No sentía nada, no pensaba en nada, una idea fija guiaba mis movimientos: cumplir la promesa que la había hecho...

Después, un mes de fiebre, de delirio, de terribles dolores en la cabeza; una larga y penosa convalecencia; y poco á poco, la vida que vuelve; el recuerdo quemante del bien perdido; y una tranquila desesperación.

La enfermedad debilita nuestra energía moral, distiende los nervios y desarrolla la sensibilidad.

Cuando pude levantarme, me arrastré penosamente hasta la *chaise-longue*, donde tantas veces la había acariciado, y vertí las primeras lágrimas después de tres meses. Lloré gimiendo, como una mujer ó un niño; me parecía que jamás, hasta entonces, había llorado.

Poco á poco el llanto se agota y me quedo sin conciencia de mi mismo, en un estado de éxtasis.

¡La veo! ¡Es María! Pero no la María de pómulos salientes, ojos hundidos, nariz afilada y color terroso. No. Es María, la de mis tiempos de felicidad y de dicha, que me habla. Sí, me habla y me dice:

—No llores y espera. Bendita sea la muerte, que nos libra de ese pesado aparato de órganos, de los que somos más esclavos que dueños. Que vuelvan en paz á su autonomía, que se descompongan á su vez, adquieran también su independencia, para volver á mezclarse en el torrente de las cosas y formar nuevas combinaciones y nuevos seres. Nosotros seremos libres y nos elevaremos en la gerarquía de los seres. Nosotros nos amamos aún, nos amaremos siempre. Indisolublemente unidos, iremos cada vez más lejos, más arriba, hacia el ideal que nos atrae, hacia la luz infinita, hacia la verdad suprema, hacia Dios. Un poco antes ó un poco después, ¿qué importa? Adiós. Te espero.

Espérate. Para los dolores humanos, solo hay un remedio: la esperanza.

Me dirás que todo fué una alucinación de mis sentidos. Lo sé. Pero desde aquel momento, la calma religiosa de la fe y un sentimiento, irrevocable como el destino y dulce como el amor, inunda mi corazón.

Ayer, por fin, me decidí á visitar su sepultura. Me arrodillé con religioso recojimiento y con la cabeza inclinada al pie del rosal plantado el día de su entierro según su voluntad y que por un milagro de eflorescencia estaba cubierto de flores.

—¡María! ¡María! ¿Me oyes? Exclamé casi involuntariamente.

El ligero rumor de la brisa moviendo el rosal, respondió tan sólo á mi voz, mientras que una rosa fresca y embalsamada desprendida de su tallo, cayó á mis pies.

Yo la recojí con respeto; había en aquella flor como una emanación de ella. Un fragmento quizás de su vida, llevado á la planta.

Besé apasionadamente sus pétalos delicados que exhalaban un penetrante perfume y dirigiéndome hacia la puerta del cementerio, profundamente emocionado, pensé que quizás más allá de la muerte, en las manifestaciones suntuosas

de una nueva vida, se cumpliera el sueño de María: *vestirse de rosa*.

Reiros de mí, tenedme por un loco. Yo, ilusión ó realidad, solo y resignado, *espero mi vez*.

XAVIER SANTERO.

LOS CAMELLOS

Por la llanura estéril, por el desierto triste los lánguidos camellos caminan sin cesar, los lánguidos camellos de glaucos ojos grandes que lo infinito exploran con vaga majestad.

Caminan soñolientos, hinchando las narices y prolongando el cuello con rítmica impulsión, mientras desciende á chorros sobre sus jibas rubias la llamarada intensa del fulgurante sol.

El polvo amarillento flotando en el espacio se arremolina en trombas de vívido matiz, y á ratos los envuelve como en un velo de oro que ondula llameante hasta rasgarse al fin.

Allá en lo más remoto los cíclopes de piedra, las tétricas Pirámides de enorme magnitud, sus masas triangulares inmóviles apuntan como una negra cuña contra la comba azul.

Sobre la línea tenue del diáfano horizonte esfuma su penacho la palma patriarcal, la palma que el oasis anuncia como emblema de un himno de abundancia y una canción de paz.

Y los camellos tristes avanzan en silencio, avanzan taciturnos con honda pesadez, hundiéndose en las candentes y líbicas arenas los callos glutinosos de sus nervudos pies.

De sus pupilas verdes parece que se esparce ese reflejo estoico que nace del dolor, ese reflejo extraño que arranca del que siente la calma imperturbable de su resignación.

Conocen las inmensas angustias del cansancio. Eternos peregrinos del páramo infeliz, soportan con la austera templanza del asceta de la llanura ingrata la soledad hostil.

Su instinto les predice que al fin de la jornada la sombra les aguarda, la yerba y la quietud, su instinto que les hace doblar el largo cuello hacia el lugar do brillan oasis de bambú.

Allí en el charco de agua hullente y cristalina sumergirán las fauces con ávida ansiedad, allí sus verdes ojos, sus grandes ojos glaucos la gloria del desierto tranquilos gozarán.

L. RODRÍGUEZ FIGUEROA.



REPÚBLICA ARGENTINA.—PUERTO DE COLASTINÉ, EN LA PROVINCIA DE SANTA FE

LEÓN XIII

EN SU JUBILEO

«Parece imposible que haga veinticinco años que yo estoy aquí». Estas son las primeras palabras que en la mañana del 20 del corriente pronunció el Papa León XIII.

En ese día, en efecto, celebrábase en Roma con fiestas y ceremonia que no han de olvidarse en el mundo católico, el jubileo de ese vigésimoquinto aniversario de su pontificado.

Veinticinco años hace que el entonces cardenal Joaquín Pecci, arzobispo de Perugia, fué elevado al solio pontificio, por muerte de Pío IX, en cuyas manos se extinguiera el poder temporal.

Entre los doscientos sesenta y tres papas que lo han ocupado, solamente dos han «visto los años de Pedro», si bien es cierto que Clemente XIII y Pío VII alcanzaron reinar 24 y 23 años respectivamente.

No ha llegado aún para el juicio de la crítica histórica, el momento de apreciar, en su verdadero valor, la gran figura intelectual y moral del brillante prelado de Carpinetto, que al verse preferido al cardenal Bilio, exclamó: «Si Dios ha querido que yo sea Papa, no debo contradecirle»; pero es indudable que recogió la peligrosa herencia de Pío IX, persiguiendo los altos propósitos de reunir bajo su paternal autoridad á todos los apartados ó desidentes de la Iglesia, poner de acuerdo la religión con los progresos científicos, condenar los desmanes del socialismo, aceptando los principios que éste buscó en el cristianismo, conciliando la Iglesia con la República en los países católicos donde aquella forma de gobierno existe, y sustituyendo á la autoridad temporal antigua, el prestigio espiritual, que le han conquistado sus altas dotes intelectuales, sus virtudes y esa venerable ancianidad, que tan majestuosamente lo va acercando á la eterna patria celeste.

Las ceremonias del Vaticano han sido imponentes, y Roma punto de cita á que han acudido católicos de todo el orbe, en peregrinación conmovedora.

En Buenos Aires, la iglesia ha conmemorado también con inusitado brillo y pompa el fausto aniversario, y en todos los templos de la República Argentina se ha celebrado el culto con una misa de comunión general ofrecida al Santo Padre, en que se rezó la oración *Pro gratiarum actione*, ocuparon la cátedra oradores sagrados que enaltecieron las glorias del Pontificado, y se recolectó el óbolo de San Pedro, solemnidades todas que han de repetirse el día 3 de Marzo, aniversario de la coronación.

LA ILUSTRACIÓN SUD-AMERICANA, al publicar hoy el retrato de Su Santidad León XIII, une lo ferviente de sus votos, á los que hoy le tributa el orbe católico, en noble anhelo de la prolongación de su hermosa vida y feliz reinado en el solio pontificio.

A través de América

Canje de visitas.—El viaje del «O'Higgins».—La política sudamericana.—Reseña rápida.—La anexión de Bolivia á la Argentina. Sinrazones que la prestigian.

Las naciones tienen también sus fórmulas de cortesía equivalentes á las habituales en las personas.

El apretón de manos se exterioriza entre dos pueblos por el envío de un buque de guerra. Que una embarcación de esa naturaleza tiene más carácter bélico que pacífico no es argumentación, pues también la mano, cuando está cerrada, se utiliza en lances nada amistosos.

Correspondiendo á la visita de los delegados argentinos á Chile, el gobierno de esta nación ha resuelto enviar el «O'Higgins» con dotación completa, el 8 de Mayo próximo.

Zarpará de Valparaíso en la fecha indicada, debiendo llegar á Buenos Aires el 22 del mismo mes.

Las fiestas de confraternidad se reanudarán con la obsequiosidad característica en los argentinos.

Bien es verdad que los huéspedes, personajes de alto renombre, merecen todos los agasajos que pueda discernirle el pueblo.

La comisión militar la componen el general



LEON XIII, EN SU JUBILEO

de división D. Salvador Vergara, jefe del estado mayor del ejército; coronel Sofanor Parra, inspector general de caballería; coronel Patricio Larrain Alcalde, comandante de artillería; teniente coronel Luis Altamirano, director de la escuela militar; mayor Jorge Barceló, comandante de ingenieros y el mayor Dublé.

La comisión de marina la componen: el director general de la armada, vicealmirante Jorge Monti; contralmirante Joaquín Muñoz Hurtado; capitán de navío Luis Artigas y capitán de fragata Guillermo García Huidobro.

Es de esperarse que la visita de los chilenos tenga fructuosos resultados, estrechando más aún los vínculos comerciales de ambas naciones.

La política sudamericana ofrece en el día muy pocos asuntos de especial interés que provoquen el comentario vivaz ó simplemente la nota informativa.

Las viejas cuestiones pendientes siguen su marcha penosa en el intrincado laberinto diplomático, y apenas si surge alguna que otra complicación de política interna con su cortejo obligado de pasiones y mezquindades.

En este último sentido se halla la República del Uruguay, siempre agitada, y hoy más que nunca, por sus politiqueros envenenados.

Paraguay, borrosa región del globo por su silencioso aislamiento, deja transcurrir su tórrido estío en una suave tranquilidad doméstica. Diríase una tribu primitiva gozando de vida sedentaria después de una agitación sangrienta.

En el Ecuador no se produce ni un solo terremoto, noticia esta de trascendencia geológica que constituye de tiempo en tiempo la información telegráfica de dicha nación.

El *statu quo* de Colombia permite augurar un mejoramiento en la marcha de ese estado, convulsionado durante tanto tiempo por una revolución encarnizada, y hoy, al fin, libre de la clásica hidra (sic).

El asunto venezolano ha entrado, por su parte, al período aburridor. Protocolo va, nota viene, conferencia sigue, para saber cuándo es el pago de las indemnizaciones y si un buque será restituído y si Inglaterra se niega y si Alemania se conforma... tales son los pequeños trámites que se arrastran fatigosamente entre el follaje de cien intereses contradictorios.

El conflicto del Acre también queda en la penumbra. Ningún hecho decisivo viene á añadir destellos á la luz de hoguera moribunda en que se debate el asunto. Sólo una que otra intriga diplomática ofrece al paladar del público un plato aderezado con especias picantes, pero cuyo sabor pronto se evapora.

Lo único que podría despertar evidente interés es una invitación que circuló durante la presente quincena entre los bolivianos residentes en Buenos Aires.

Pero es el caso que no lo despertó, ya

sea porque el interés tiene un sueño muy pesado ó porque la noticia tiene demasiados visos de *canard*.

Se trataba de un llamamiento hecho á los bolivianos, á fin de que prestigiaran la anexión de Bolivia á la República Argentina.

Los fundamentos no estaban muy desplazados, pero chocaban con uno de los sentimientos que deben conservarse con mayor pureza en todos los pueblos, por débiles que sean: el patriotismo.

Además, no podríamos criticar lo suficiente ese flagelo internacional que se llama anexión. La pérdida de una soberanía lleva consigo la depresión de los habitantes del estado, el odio á la nación á que se incorporan y el ansia nunca satisfecha de recuperar la independencia. Los países vecinos miran con malos ojos toda anexión por insignificante que sea y no tarda en producirse conflictos perniciosos en los que se reproduce la eterna fábula del perro del hortelano.

En América, demasiado tiene cada estado con su territorio respectivo. El imperialismo yanqui es planta exótica en estas tierras de altivez latina. Y, por otra parte, los ensueños de sumisión constituyen ideales degenerados, que deben rechazarse acto continuo sin hacerles el honor de la controversia.

A. M.

EL REY BURGÜÉS

CUENTO ALEGRE

¡Amigo! El cielo está opaco, el aire frío, el día triste. Un cuento alegre... así como para distraer las brumas y grises melancolías; hélo aquí:

**

Había en una ciudad inmensa y brillante un rey muy poderoso, que tenía trajes caprichosos y ricos, esclavas desnudas, blancas y negras, caballos de largas crines, armas flamantisimas, galgos rápidos y monteros con cueros de bronce que llenaban el viento con sus fanfarrias. ¿Era un rey poeta? No, amigo mío: era el Rey Burgüés.

**

Era muy aficionado á las artes el soberano, y favorecía con gran largueza á sus músicos, á sus hacedores de ditirambos, pintores, escultores, boticarios, barberos y maestros de esgrima.

**

Cuando iba á la floresta, junto al corzo ó jabali herido y sangriento, hacía improvisar á sus profesores de retórica, canciones alusivas; los criados llenaban las copas del vino de oro que hierve, y las mujeres batían palmas con movimientos rítmicos y gallardos. Era un rey sol, en su Babilonia llena de músicas, de carcajadas y de ruido de festín. Cuando se hastiaba de la ciudad bulle, iba de caza atronando el bosque con sus tropeles; y hacía salir de sus nidos á las aves asustadas, y el vocerío repercutía en lo más escondido de las cavernas. Los perros de patas elásticas iban rompiendo la maleza en la carrera y los cazadores, inclinados sobre el pescuezo de los caballos, hacían ondear los mantos púrpuros y llevaban las caras encendidas y las cabelleras al viento.

**

El rey tenía un palacio soberbio donde había acumulado riquezas y objetos de arte maravillosos. Llegaba á él por entre grupos de lilas y estensos estanques, siendo saludado por los cisnes de cuellos blancos, antes que por los lacayos estirados. Buen gusto. Subía por una escalera llena de columnas de alabastro y de esmeraldina, que tenía á los lados leones de mármol como los de los tronos salomónicos. Refinamiento. A más de los cisnes, tenía una vasta pajarera, como amante de la armonía, del arrullo, del trino, y cerca de ella iba á ensanchar su espíritu, leyendo novelas de M. Ohnet, ó bellos libros sobre cuestiones gramaticales, ó críticas hermosísimas. Eso sí: defensor acérrimo de la corrección académica en letras, y del modo lamido en artes; alma sublime amante de la lija y de la ortografía!

**

¡Japonerías! ¡Chinerías! Por moda y nada más. Bien podía darse el placer de un salón digno del gusto de un Concourt y de los millones de un Creso: quimeras de bronce con las fauces abiertas y las colas enroscadas, en grupos fantásticos y maravillosos; lacas de Kioto con incrustaciones de hojas y ramas de una flora monstruosa, y animales de una fauna desconocida; mariposas de raros abanicos junto á las paredes; peces y gallos de colores; máscaras de gestos infernales y con ojos como si fuesen vivos; partesanas de hojas antiquísimas y empuñaduras con dragones devorando flores de loto; y en conchas de huevo, túnicas de seda amarilla, como tejidas con hilos de araña, sembradas de garzas rojas y de verdes matas de arroz; y tibores, porcelanas de muchos siglos, de aquellas en que hay guerreros tártaros

con una piel que les cubre hasta los riñones, y que llevan arcos estirados y manojos de flechas. Por lo demás, había el salón griego lleno de mármoles: diosas, musas, ninfas y sátiros; el salón de los tiempos galantes, con cuadros del gran Watteau y de Chardín; dos, tres, cuatro, ¿cuántos salones?

Y Mecenas se paseaba por todos, con la cara inundada de cierta majestad, el vientre feliz y la corona en la cabeza, como un rey de naipe.

Un día le llevaron una rara especie de hombre ante su trono, donde se hallaba rodeado de cortesanos, de retóricos y de maestros de equitación y de baile.

—¿Qué es eso?—preguntó.

—Señor, es un poeta.

El rey tenía cisnes en el estanque, canarios, gorriónes, senzontees en la pajarera: un poeta era algo nuevo y extraño.—Dejadle aquí:

—Y el poeta:

—Señor, no he comido.

Y el rey:

—Habla y comerás.

Comenzó:

—Señor, há tiempo que yo canto el verbo del porvenir. He tendido mis alas al huracán; he nacido en el tiempo de la aurora; busco la raza escogida que debe esperar, con el himno en la boca y la lira en la mano, la salida del gran sol. He abandonado la inspiración de la ciudad malsana, la alcoba llena de perfumes, la musa de carne que llena el alma de pequeñez y el rostro de polvos de arroz. He roto el arpa adulona de las cuerdas débiles, contra las copas de Bohemia y las jarras donde espumea el vino que embriaga sin dar fortaleza; he arrojado el manto que me hacía parecer histrión, ó mujer; y he vestido de modo salvaje y espléndido; mi harapo es de púrpura. He ido a la selva, donde he quedado vigoroso y ahito de leche fecunda y licor de nueva vida; y en la ribera del mar áspero, sacudiendo la cabeza bajo la fuerte y negra tempestad, como un ángel soberbio, ó como un semi-dios olímpico, he ensayado el yambo dando al olvido el madrigal.

He acariciado a la gran naturaleza y he buscado al calor del ideal, el verso que está en el astro en el fondo del cielo, y el que está en la perla en lo profundo del océano. ¡He querido ser pujante! Porque viene el tiempo de las grandes revoluciones, con un Mesías todo luz, todo agitación y potencia, y es preciso recibir su espíritu con el poema que sea arco triunfal, de estrofas de acero, de estrofas de oro, de estrofas de amor.

Señor, el arte no está en los fríos envoltorios de mármol, ni en los cuadros lamidos, ni en el excelente señor Ohnet! ¡Señor! El arte no viste pantalones, ni habla en burgués, ni pone los puntos en todas las i's. El es augusto tiene mantos de oro ó de llamas, ó anda desnudo, y amasa la greda con fiebre, y pinta con luz, y es opulento, y da golpes de ala como las águilas, ó zarpazos como los leones. Señor, entre un Apolo y un ganso, preferid el Apolo, aunque el uno sea de tierra cocida y el otro de máfil.

¡Oh, la Poesía!

¡Y bien! Los ritmos se prostituyen, se cantan los lunares de las mujeres, y se fabrican jarabes poéticos. Además, señor, el zapatero critica mis endecasílabos, y el señor profesor de farmacia pone punto y comas a mi inspiración. Señor, ¡y vos lo autorizáis todo esto!... El ideal, el ideal...

El rey interrumpió:

—Ya habéis oído. ¿Qué hacer?

Y un filósofo al uso:

—Si lo permitís, señor, puede ganarse la comida con una caja de música; podemos colocarle en el jardín, cerca de los cisnes, para cuando os paseéis.

—Sí,—dijo el rey,—y dirigiéndose al poeta:—Daréis vueltas a un manubrio. Cerraréis la boca. Haréis sonar una caja de música que toca valeses, cuadrillas y galopas, como no prefiráis moriros de hambre. Pieza de música por pedazo de pan. Nada de jeringonzas, ni de ideales. Id.

Y desde aquel día pudo verse a la orilla del estanque de los cisnes, al poeta hambriento que daba vueltas al manubrio: tiririrín, tiririrín.... avergonzado a las miradas del gran sol! ¿Pasaba el rey por las cercanías? ¡Tiririrín, tiririrín!... ¿Había que llenar el estómago? ¡Tiririrín! Todo

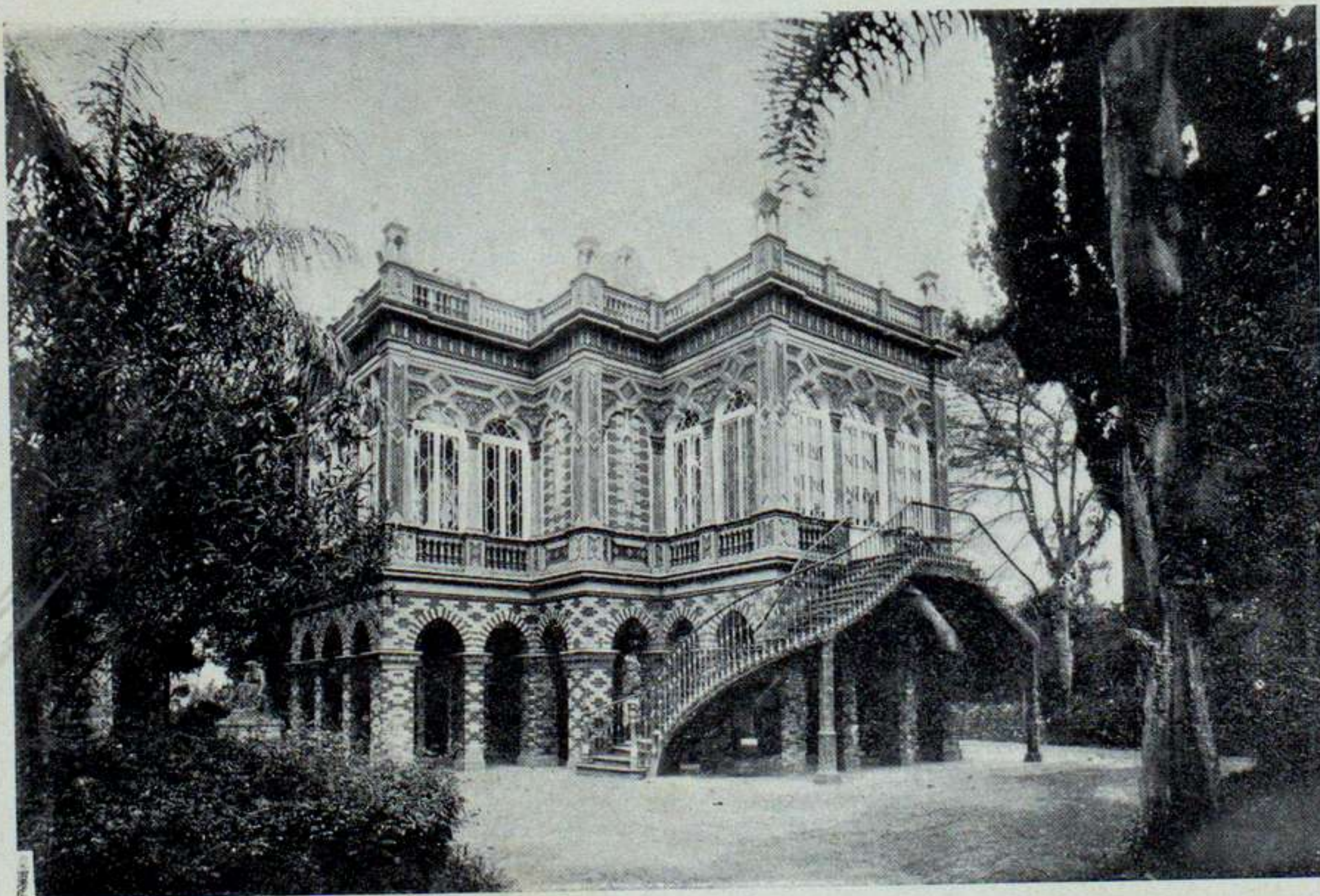


Dr. FEDERICO HELGUERA
ALCALDE MUNICIPAL DE LIMA

entre las burlas de los pájaros libres, que llegaban a beber rocío en las filas floridas: entre el zumbido de las abejas, que le picaban el rostro y le llenaban los ojos de lágrimas, tiririrín!... lágrimas amargas que rodaban por sus mejillas y que caían a la tierra negra!

Y llegó el invierno, y el pobre sintió frío en el cuerpo y en el alma. Y su cerebro estaba como petrificado, y los grandes himnos estaban en el olvido, y el poeta de la montaña coronada de águilas, no era sino un pobre diablo que daba vueltas al manubrio, tiririrín.

Y cuando cayó la nieve se olvidaron de él el rey y sus vasallos; a los pájaros se les abrigó, y a él se le dejó al aire glacial, que le mordía las carnes y le azotaba el rostro, tiririrín!



PERÚ.—PABELLÓN GÓTICO EN LOS JARDINES DE LA EXPOSICIÓN, EN LIMA

Y una noche en que caía de lo alto la lluvia de plumillas cristalizadas, en el palacio había festín, y la luz de las arañas reía alegre sobre los mármoles, sobre el oro y sobre las tónicas de los mandarines de las viejas porcelanas. Y se aplaudían con locura los brindis del señor profesor de retórica, cuajados de dáctilos, de anapestos y de pirríquios, mientras en las copas cristalinas hervía el champaña con su burbujeo luminoso y fugaz. ¡Noche de invierno, noche de fiesta! Y el infeliz, cubierto de nieve, cerca del estanque, daba vueltas al manubrio para calentarse, ¡tiririrín, tiririrín! tembloroso y aterido, insultado por el cierzo, bajo la blancura implacable y helada, en la noche sombría haciendo resonar entre los árboles sin hojas la música loca de las galopas y cuadrillas; y se quedó muerto, tiririrín.... pensando en que nacería el sol del día venidero, y con él el ideal, tiririrín.... y en que el arte no vestiría pantalones sino manto de llamas ó de oro.... Hasta que al día siguiente, lo

hallaron el rey y sus cortesanos, al pobre diablo de poeta, como gorrión que mata el hielo, con una sonrisa amarga en los labios, y todavía con la mano en el manubrio.

¡Oh, amigo mío! El cielo está opaco, el aire frío, el día triste. Flotan brumosas y grises melancolías....

Pero, ¡cuánto calienta el alma una frase, un apretón de manos a tiempo! ¡Hasta la vista!

RUBÉN DARÍO.

Dr. Federico Elguera

ALCALDE MUNICIPAL DE LIMA

Nuestro corresponsal en Lima nos remite el retrato que reproducimos en esta página del distinguido hombre público peruano Dr. D. Federico Elguera, que acaba de ser reelegido alcalde municipal de Lima. La reelección del señor Elguera no puede ser más merecida. En el corto tiempo que lleva al frente de la administración municipal de la metrópoli peruana ha llevado a cabo una serie de obras que están transformando a la antigua ciudad de los virreyes en una bonita ciudad moderna con excelentes servicios de higiene y de salubridad. Entre esas obras merecen citarse, en primer término, el Instituto Bacteriológico establecido en un elegante y moderno edificio de hierro, que sirvió de Pabellón del Perú en la última Exposición de París, y que transportado en piezas a Lima ha sido armado en el centro del parque Colón. Un notable médico higienista, el Dr. Ugo Biffi, contratado en Italia por la municipalidad de Lima, dirige el establecimiento.

La pavimentación de las calles centrales de Lima con adoquines de asfalto comprimido importados de Estados Unidos, es otra de las mejoras introducidas en la capital peruana por el activo y progresista alcalde municipal, que ha transformado también la antigua y desaliada plaza de Armas de Lima en un precioso parque.

El puente de piedra sobre el río Rimac, obra que resistía a más de dos siglos de construcción, ha sido ensanchado y transformado totalmente en una obra moderna del mejor gusto. En la Avenida del Zajamar, que está en uno de sus extremos, se han demolido viejas y feas construcciones levantándose en su lugar un lindo boulevard. La canalización y el servicio de alcantarillado de la ciudad se ha reformado y puesto en condiciones que reducirán en una buena cifra la mortalidad en Lima.

Una nueva cancha de carreras, una nueva plaza, y un espléndido monumento que se inaugurará en el próximo mes de Julio, y un nuevo teatro cuyos trabajos empezarán en breve, completan la serie de adelantos alcanzados por Lima en la provechosa administración del señor Elguera, que ha llevado a buen término su programa de trabajo, sin necesidad de apelar a empréstito alguno, ni a otros recursos, que a los ingresos de que dispone la municipalidad.

Esta fecunda labor en pro de la ciudad que le ha confiado el encargo de su salud y de su ornato, le han formado al Alcalde Municipal de Lima un ambiente muy simpático en su país, hasta el punto de ser hoy uno de los hombres públicos más prestigiosos y de que mayor popularidad disfrutan.

Sirvan las precedentes líneas como justo y desinteresado homenaje por nuestra parte al ilustre personaje peruano.

Su mirada

Entre la alegre turba del festín, sorprendi la mirada de unas pupilas azules que se clavaban en las mías.

Luego, suspirando con tristeza, la vi llevarse el embozo de su mano hacia los ojos y limpiarse una lágrima.

Palpitante de emoción, pensé entonces que era el amor que llegaba. ¡Cómo desfallecía mi alma en aquellos momentos! ¡Mi pobre alma abandonada!

—¡Oh mi dicha!—la dije dulcemente, lleno de rubor.—¿Por qué me miras así?

—¿Sabes por qué?—me contestó.—Porque tus ojos negros y pensativos me recuerdan los de mi pobre Juan. ¡Oh! los ojos siempre tristes de mi amado. —RAFAEL ANGEL TROYO.



CHILE.—ESTUDIOS MILITARES DE TOPOGRAFIA

LAS ESCULTURAS

DE LA EXPOSICIÓN DE SAINT LOUIS

Bellas y magníficas serán las esculturas que adornarán las avenidas y los edificios de la Exposición Universal de Saint Louis en 1904. Este importante ramo artístico y decorativo estará confiado al genio de los más eminentes escultores del mundo, pues se ha resuelto dirigirse a los maestros de la más artística de las profesiones, para que desplieguen toda su riqueza en estatuas bellísimas, llegando a 1600 el número de figuras que ya en grupos, ya solas, ora en bajo relieve, bien en cariatides, servirán para que resalte la individualidad de los artistas de cada país.

El tema general de las composiciones, en lógica sucesión, se referirá a la historia y evolución de la adquisición del Territorio de la Louisiana, que conmemorará la Exposición de Saint Louis.

Este plan será sencillo en conjunto y tan distante de la plasticidad como sea posible, insistiendo en la parte estética, y siendo tan sugestiva como debe serlo la verdadera escultura. Los primeros habitantes o propietarios del país fueron las ninfas mitológicas, los faunos, sátiros y driadas, y ellos inspirarán las hermosas concepciones que rodearán la gran cascada. Para dar más atractivo a esos grupos se esculpirán también los hipógrifos y los dragones marinos de que nos hablan las fábulas.

En seguida vendrán los indios, segundos poseedores del territorio, levantándose estatuas de los jefes notables. Los animales salvajes que fueron con ellos propietarios simultáneos de los feraces terrenos, también se verán reproducidos por los artistas en las avenidas de la Exposición. El tejón, los osos, los búfalos, los alces, los leones de las Montañas Rocallosas, el caimán, el

toro y el ciervo, contribuirán a este fin. Indios en canoas y piraguas servirán para dar a conocer los medios de transporte primitivos.

Los zapadores, explotadores y descubridores que arrebataron la tierra a los indígenas y a las fieras, se esculpirán igualmente. Se representará

a los famosos expedicionarios americanos. Gigantescos grupos escultóricos mostrarán el descubrimiento del Mississippi por Hernando de Soto y a Marquette y a Joliet explorando el inmenso río, al lado del lago. A la entrada de los edificios de la electricidad y de materias textiles se alzarán las estatuas de Napoleón y de Jefferson.

Cada una de las grandes construcciones ostentará esculturas alegóricas, que simbolizen el objeto a que esté consagrado el edificio. En la entrada habrá estatuas que enseñen cómo era primitivamente la industria en comparación con los grandes progresos alcanzados en la esfera y departamento apropiado. Además en la galería de estatuas de Art Hill, se verán 14 figuras, que simbolizarán los 14 Estados de la Unión Americana, anteriores a la adquisición del Territorio de Louisiana. Allí habrá también cuatro grupos heroicos, formados respectivamente por cuatro figuras, glorificando la Ciencia, la Industria, la Agricultura y el Arte. Entre los árboles que forman una arcada, frente a Art Hill, se elevarán 40 estatuas femeninas. En el edificio de las artes se pondrán cuatro estatuas de mármol y bronce, dos de cada material.

El Director de los trabajos escultóricos de la Exposición, es el señor Federico V. Ruckstuhl, apoyado por un comité de tres distinguidos escultores de los Estados Unidos, que son Augusto St. Gardens, J. Q. A. Ward y Daniel C. French. Su cooperación será particularmente dedicada a las avenidas, pues cada edificio indicará lo que deben representar las esculturas que lo adornen. La personalidad del señor Ruckstuhl es muy interesante y demuestra como salva los obstáculos el que se siente arrastrado hacia una profesión artística. Nació en una pequeña ciudad de Alsacia, en las montañas de los Vosgos, en 1853; sus padres, poco después de su nacimiento, se trasladaron a París, y en esa cuna del Arte sintió inclinaciones a la escultura, y a la edad de 15 años decidió dedicarse a cultivarla, aunque su padre, soñador e inventor, se opuso y trató de persuadirlo. Ruckstuhl se había radicado en Saint Louis, E. U., en esa época, con su familia. Federico estudió en ella, dibujo modelado, y practicó, logrando hacer varios trabajos pequeños y hasta la edad de 32 años no pudo volver a París, ciudad de sus ensueños. Tenía mucha edad para entrar en la escuela de Bellas Artes, así es, que tuvo que estudiar en las Academias de Julien, Cola Rossi y Rollins, donde enseñaba Mercie. También dibujó con Chapelle y asistió a las famosas lecciones anatómicas de Bellas Artes y al cabo de tres años envió una estatua en yeso llamada «La tarde», al Salón y fué a Italia, de donde volvió pocas semanas después teniendo la satisfacción de ver la mención honorífica en el pedestal de su estatua. Comprendió, entonces, que no se había equivocado dedicándose a la escultura, y dividió su tiempo entre París y los Estados Unidos, ejecutando muchas obras importantes, una de las cuales fué un grupo en yeso llamado «Mercurio jugando» de nueve pies de altura, que fué admirado en el Salón de París y fundido en bronce. Durante algunos años, ha tenido su estudio en Nueva York y ha terminado varias obras que le han dado fama. Entre las más recientes se encuentran las cabezas colosales de Gohhe, Macanlay y Franklin, para la magnífica fachada de la Biblioteca del Congreso de Washington, que es uno de los edificios más bellos de la capital de los Estados Unidos; una estatua de Colón para el Salón de lectura de la misma biblioteca; una «Victoria» gigantesca, en bronce, para el monumento erigido a los soldados en Nueva York y varias otras.

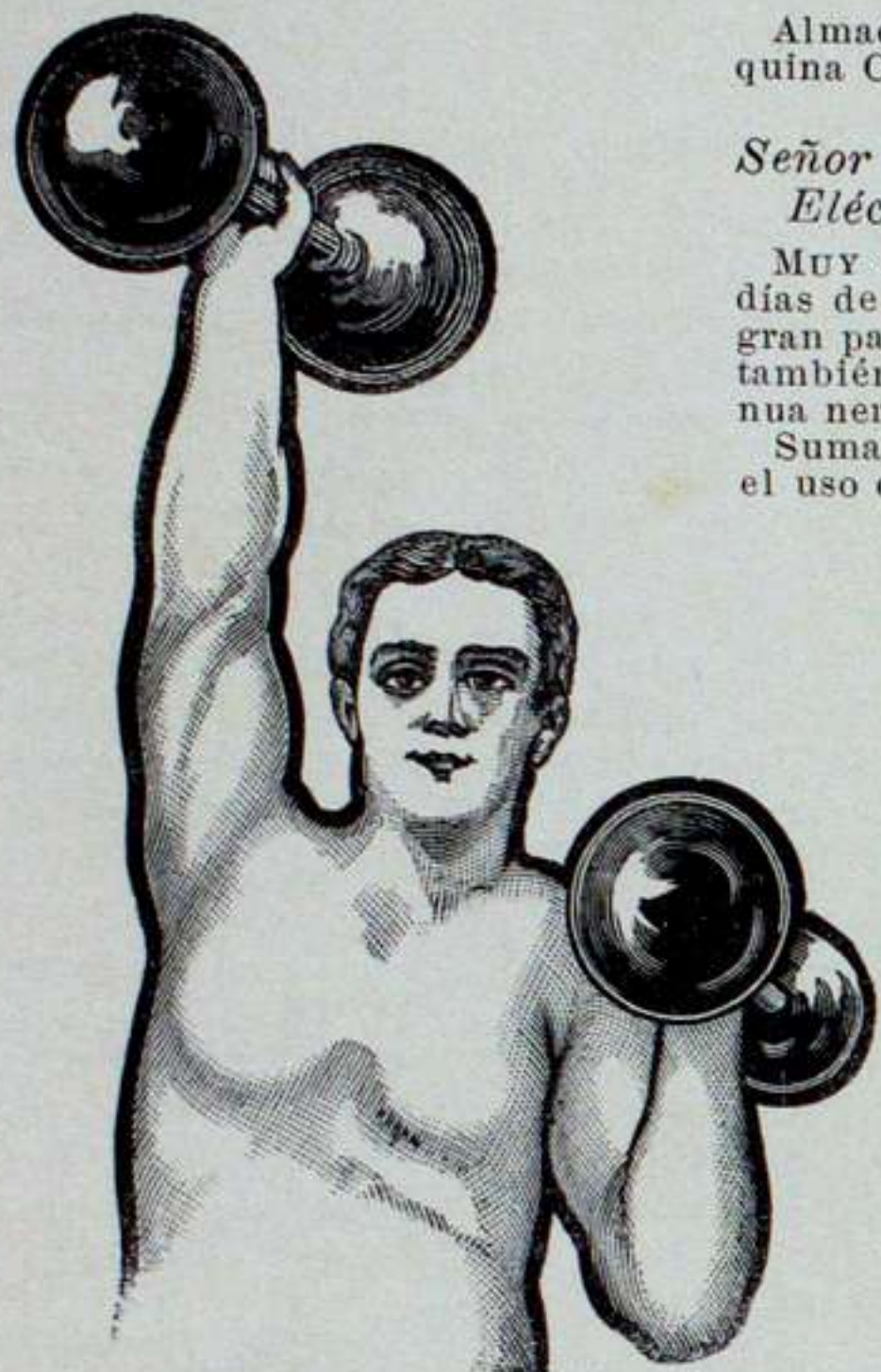


CHILE.—PIRQUE, QUINTA EN LOS ALREDEDORES DE SANTIAGO

VERDADES!

Lea Vd. las siguientes verdades, tal vez que le interesen; si así fuera, venga Vd. á visitarnos.

TODAS LAS CONSULTAS SON GRATIS



Almacén «Del Caballito», calle 24 de Septiembre esquina Chacabuco.

Tucumán, Enero 8 de 1903.

Señor Director-Médico de la Compañía Fajas Eléctricas Inglesas.

MUY SEÑOR NUESTRO: Certifico que con solo quince días de usar la Faja Inglesa SAMSON he recuperado en gran parte el apetito que había perdido completamente, también duermo, cosa que me era difícil por la continua nerviosidad en que vivía.

Sumamente agradecido autorizo á Vd. para que haga el uso que crea conveniente de esta mi carta. Su affmo. S. S. S.

Firmado: M. Alberti.

Febrero 5 de 1903.

Sr. Director-Médico de la Compañía Inglesa de Fajas Eléctricas.

Bolívar 292, Buenos Aires.

MUY SEÑOR MIO: Tengo sumo placer en comunicar á Vd. que desde que uso su Faja, diez días aproximadamente, me siento muy bien, habiendo desaparecido como por encanto los dolores agudos que sentía por todas partes del cuerpo y en particular en las piernas.

Sin otro motivo, de Vd. affmo. y S. S.

Firmado: Tomás Clausen.

Estación «El Tio»—Provincia de Córdoba.

Si Vd. no puede venir mande pedir nuestra obra

“VITALIDAD”

Es un libro conteniendo 70 páginas llenas de asuntos de importancia. ES GRATIS.

Corte Vd. este aviso, llénelo con su nombre y dirección y mándenolo, y á vuelta de correo le remitiremos la obra “VITALIDAD” libre de gastos.

Nombre.....

Dirección.....

Al Gerente de:

La Compañía Inglesa de Fajas Eléctricas
BOLIVAR 292 — BUENOS AIRES

BIBLIOGRAFIA

LIBRO CRIOLLO (costumbres nacionales), por Octavio P. Alais. 1 tomo en 8º, francés de 145 páginas.

El autor advierte á los lectores antes de dar principio á su obra que esta no tiene el carácter de literaria, puesto que estuvo lejos de su ánimo la idea de acometer ese intento. Tal modestia, es como virtud laudable, pero demasiado usual ya, como advertencia á los lectores. Pudiera haber prescindido de ella, y empezar por los dos prólogos que en forma epistolar y en sentido encomiástico, le dedican los señores Roberto J. Payró y Eduardo Olivera.

Nuestra opinión, ya que hemos de darla, acerca de este libro, no está conforme con la susodicha modestia del autor, ni con las alabanzas de los prologuistas que amenazan acabar con aquélla. El *Libro Criollo*, contiene un texto literario y la preocupación de hacer literatura, bien á las claras se revela en todas sus páginas. El propósito está conseguido. El señor Alais escribe, con lo que él titula sencillez, pero es de advertir que el lograr esto no es tan sencillo como parece, porque de no estar como el autor, dotado de la galanura de frase que para ello se necesita, la sencillez degenera en trivialidad, y en vulgar perogrullesco, lo verdadero. No es así el *Libro Criollo*, y si bien algunos capítulos pecan de insignificancia y de esa carencia de pretensiones que por anticipado se atribuye, otros en cambio, son hermosos cuadros de costumbres acertadamente compuestos, que le acreditan como escritor de este género, entre los pocos que por desgracia hoy lo cultivan. Tales son «Una mañana en el campo» «Un día de marcación» «Una boleada de avestruces» «Una visita en el campo» y «En la cocina».

Esta obra ha sido primorosamente editada en un elegante volumen, limpiamente impreso y con excelente papel, esmerándose en la cubierta donde se ve en fotograbado un bonito dibujo de Sivori.

IN MEMORIAM. Mariano A. Pelliza. Un folleto en 4º mayor de 64 páginas.—Imprenta de Juan A. Alsina.

Fieles amigos del ilustre extinto, son los que publican este folleto, rindiendo homenaje á su memoria. En él están compilados hermosos artículos biográficos y críticos, de los señores Andrés Lamas, Sansón Carrasco (Daniel Muñoz), M. García Merou, y Francisco Losa; una enumeración de las obras publicadas por el notable historiador y literato y las necrologías á que dió lugar en la prensa, el fallecimiento del autor de tantos y tan preciados libros, entre los cuales descuella su notable *Historia Argentina*.

POESÍAS. Poemas por Isaias Gamboa, Brumas por Miguel Luis Rocuant, Facetas por M. Magallanes Moure.

Estos tres poetas chilenos nos han remitido sus nuevas producciones, en las cuales hemos leído con agrado, hermosas estrofas que revelan una inspiración vibrante y fogosa, en Gamboa, sentimental y tierna en Rocuant, triste y profundamente melancólica en Magallanes Moure.

Les agradecemos el preciado obsequio, que bien mereciera, si el espacio de que podemos disponer no lo estorbara, detenido juicio crítico, en que reprodujéramos á guisa de muestrario de joyas, algunos de los bellísimos versos.

Pureza del Cutis

CONSERVADA Y RECOBRADA CON

La Leche Antefélica ó Leche Candés.

Esta preparación, cuyo invento se remonta al año 1849, debe sus propiedades cosméticas á la feliz combinación de elementos tomados de la materia médica atemperada por proporciones rigurosamente determinadas y cuya acción no traspasa las capas superficiales de la piel.

1.º DOSIS BENIGNA

Empleada en esta dosis, es decir, mezclada con más ó menos agua (Véase la manera de emplearse), la Leche Antefélica ó Leche Candés es ciertamente la más sana y más útil de las aguas de tocador. Entretiene los poros libres; depura, tonifica y fortifica insensiblemente los músculos de la cara, conjurando de este modo, retrasando ó borrando las arrugas destruye los granos sin repercutirlos; disipa el solano, la rubicundez, las eflorescencias farináceas y fufuráceas, las rugosidades y demás alteraciones de la superficie del dermis; combinado con un tratamiento interno, restituye el color natural á los rostros barrosos; precave generalmente en los adultos (rara vez en los adolescentes) la reproducción de las pecas, que hace desaparecer en dosis estimulante; conserva la piel del rostro clara, tersa y transparente.

Leche antefélica ó Leche Candés destruye las efélides y el lentigo, manchas redondas y rojizas que suelen salir en el cutis. Bajo la influencia de estas lociones, ha escrito un sabio doctor, sobreviene escoror y un fuerte sentimiento de tensión, acompañado de una ligera tumescencia local; poco después la epidermis, que adquiere un color pardo subido, se seca y se produce una descamación bajo forma de pequeñas escamas, que deja á descubierto la piel blanca y fresca, sin ninguna huella de las manchas que antes la cubrían.

Como se ve, si el tratamiento en dosis estimulante (siempre sin peligro, la repetimos) es enérgico, su eficacia es soberana.

Tales son las propiedades cosméticas—afirmadas por observaciones médicas y consagradas por largos años de experiencia—que desde 1849 han extendido por el mundo entero el uso de la Leche antefélica contra las alteraciones accidentales de la piel del rostro y para la conservación de la pureza y tersura del cutis.

MANERA DE EMPLEARSE SEGÚN LOS CASOS

I. DOSIS BENIGNA Y AGUA DE TOCADOR.—Agitar el frasco hasta que el líquido haya cobrado una apariencia lechosa; verter en un platillo la cantidad de una cucharada de café; añadirle: 1.º, una ó dos veces otro tanto de agua para la rubicundez ó rostro barroso; 2.º, dos ó tres veces otro tanto contra la solana, las arrugas prematuras, los granos, las rugosidades, grietas, eflorescencias farináceas ó fufuráceas y demás alteraciones accidentales; 3.º, tres ó cuatro veces, como agua de tocador, para conservar la piel del rostro firme y tersa. Con estas mezclas, empapar un trapito de hilo y humedecer dos veces al día el sitio de las afecciones. Como agua de tocador, una loción basta, con preferencia por la mañana, algunos minutos antes de lavarse.

II. DOSIS ESTIMULANTE.—Contra las PECAS ó LENTIGO.—Los dos primeros días, añadir á una pequeña dosis de Leche vertida en un platillo una cantidad igual de agua. dosis que hay que continuar si los efectos descritos más abajo empiezan á producirse; si no, desde el tercer día se emplea la Leche en estado puro, y se humedece, sin frotar, las manchas, una vez, dos veces, tres veces á lo sumo durante el día (según la delicadeza del cutis), hasta que la epidermis que las cubre, pasando por dos fases previstas y siempre sin gravedad—1.º escoror más ó menos vivo; 2.º ligera tumescencia acompañada de un sentimiento de tensión, haya recobrado un color pardo y se seque. Obtenido este resultado, se opera con adición de tres cuartas partes de agua. La epidermis se exfolia, y la piel, momentáneamente roja, aparece (después de diez ó quince días de tratamiento), blanca y fresca y libre de las manchas que la empañaban.



Para

Blanquear y Suavizar

el cutis del rostro
y de las manos

nada es mejor que la

CREME SIMON

Su delicioso perfume y sus cualidades higiénicas la han hecho adoptar en el universo entero por las damas de más delicado gusto.

POUDRE | SAVON
de Riz Simon á la Creme Simon

completan los maravillosos efectos de la CREME SIMON

Desconfiar
de las imitaciones

Medalla de Oro
Paris 1900

EN VENTA: en todas
las buenas Casas.

EN TODA CLASE de VÓMITOS y DIARREAS
y en toda clase de
indisposiciones
del tubo digestivo.

EMPLEAR
los SALICILATOS
de VIVAS PÉREZ

LOS RECOMIENDAN
INDISCUTIBLES
AUTORIDADES MÉDICAS

CELEBRAN CON ENTUSIASMO SUS EFECTOS CUANTOS LOS USARON
PIDANSE EN TODAS LAS FARMACIAS Y DROGUERÍAS DEL MUNDO
Son falsas todas las cajas que no lleven en el prospecto inscripción
transparente con los nombres del medicamento y del autor.

adoptados de R. O.
por los Ministerios
de Marina y de
Guerra.

TEATROS

SAN MARTÍN.—Teatros hay donde puede tenerse a fortuna que el Carnaval haya interrumpido las representaciones ó desafiados que contra el arte se cometen. Apolo y Rivadavia sirvamos de ejemplo. Pero en otros, y el San Martín es uno de ellos, los aficionados al *bel canto* han estado de pésame en estos días, porque no han podido continuar disfrutando del placer que en aquel coliseo les procuraba la buena interpretación de sus óperas favoritas.

Si algo deficiente resultó el *debut* del señor Abela con *La Favorita*, no por eso se ha perdido la fe que inspiran sus facultades vocales, y que supo confirmar en el famoso *Spirto gentil*, y cuando á ellas agregue el necesario dominio de la escena, acción más desembarazada y resuelta, y dicción más correcta, es indudable que los pronósticos hechos acerca de sus triunfos se cumplirán en lo porvenir.

En cambio algo más que legítima esperanza del arte, ha sido Janny Sopmac (Paquita Campos) puesto que en la *Gioconda*, *Pagliacci* y *Cavalleria* supo hacerse aplaudir con entusiasmo, quedando entre nosotros bien sentada su fama de tiple dramática de grandes dotes. Como cantante, su voz de calidad y potencia, aunque en el registro alto no tan vibrante y extensa, interpretó á maravilla la difícil partitura de Ponchielli y aun cabe decir que ésta se aviene mejor á sus facultades, que las de Mascagni y Leoncavallo.

En suma, en el San Martín, los elementos todos con que se ha formado la compañía, entre los cuales no ha de olvidarse la poderosa voz del baritone Zonzini, la gratisima del tenor argentino Plinio Gabardo, la del ya altamente reputado Ferrari d'Alvaredo, y especialmente la orquesta y su director el maestro Provezi, han puesto á gran altura el pabellón demostrando que se pueden muy bien oír óperas en Buenos Aires, cantadas como es debido, sin necesidad de oír las pagando exorbitantes precios de abono, por puro lujo, y saliendo engañados anualmente con notabilidades importadas, á quienes no parece sino que se les dijera, antes de venir, que no se molesten en confirmar aquí su fama, y que canten entre nosotros, con voces *pour l'exportation*.

**

MAYO Y COMEDIA.—En el primero, solamente un estreno digno de mencionarse. *La Virgen de la Luz*, original de los señores Paso y Prieto y música del maestro Lope, y hecha la mención basta para análisis.

En el segundo, beneficios constantes y... próximamente la *rentrée* de Palmada.

**

RESUMEN.—La *cuesta* del Carnaval, se ha subido penosamente en todos los coliseos. Después de estas fiestas, habrá motivo para crónicas más extensas.



ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
Empobrecimiento de la Sangre
Escrófulas, etc.

PILULES
EXIGER LA SIGNATURE
de BLANCARD

APROBADAS
por la
ACADEMIA
DE MEDICINA

PILULES DE BLANCARD
Al Ioduro de Hierro Inalterable

DESCONFIÉSE DE LAS FALSIFICACIONES

Depósito: BLANCARD & Co., 40, Rue Bonaparte, Paris.



TOS CONVULSA y toda clase de toses en la infancia
Se curan con el maravilloso jarabe **ANTIFERINA**
PREPARADO PURAMENTE VEGETAL
VENTA EN LAS DROGUERÍAS Y FARMACIAS Y EN CASA DE SUS AGENTES
BERNET Y FALCO — Corrientes 716 — BUENOS AIRES

VARIEDADES

UNA PLANTA QUE TOSE

La ciencia moderna ha demostrado que las plantas no se diferencian de los animales tanto como se creía.

La respiración de los vegetales presenta, sobre todo, particularidades muy curiosas.

En la cara inferior de las hojas y de algunos tallos hay millares de bocas microscópicas, cada una de las cuales se abre y se cierra, y está provista de dos labios móviles. Estas aberturas son la salida de canalitos llenos de vapor de agua, de aire y de otros gases producidos por las transformaciones químicas que acompañan al crecimiento.

La vid llamada vulgarmente «planta que tose» y que en botánica lleva el nombre de *Eutada tussiens*, es indígena de los países tropicales húmedos. Pero á consecuencia de haber sido transportadas accidentalmente sus semillas, ha ido extendiéndose é invadiendo regiones menos cálidas, y estableciéndose sobre todo en las vías férreas, donde prospera y soporta muy bien las sequías.

Hay sin embargo una cosa que esta planta no puede soportar, aunque en sus emigraciones ha demostrado grande resistencia: es el polvo.

Cuando sus poros se obstruyen de polvo, los gases se acumulan en los canalitos de las hojas y acaban por salir como una diminuta explosión que es un verdadero paroxismo de tos y de estornudo que se oye perfectamente y que hace temblar violentamente á la hoja. Y lo más curioso es que cuando se realiza este fenómeno, toda la planta toma un tinte tan rojizo como una persona cuando hace un esfuerzo grande ó cuando tiene un golpe de tos.

La eutada se cultiva también como planta de salón, y basta barrer la habitación donde está para provocar en ella accesos de tos, con asombro de las personas que lo ven y que no conocen el fenómeno.

NUESTRO SUPLEMENTO DE MODAS

Por entorpecimientos imprevistos, no hemos podido cumplir nuestro ofrecimiento de publicar en español desde el núm. 3° nuestro suplemento de modas, que editamos en París; pero subsanados tales inconvenientes, podemos manifestar que á fines del próximo Marzo llegará el suplemento impreso en español.



VINO NOURRY
YODOTÁNICO
á la vez
Depurativo y Fortificante.

DEBILIDAD GENERAL
ANEMIA
LINFATISMO
ENFERMEDADES del PECHO

El **VINO NOURRY** reemplaza con ventaja el Aceite de Hígado de Bacalao.

Excita el apetito y constituye el mejor remedio contra las enfermedades de las **Mujeres** (colores pálidos, épocas dolorosas) y de los **Niños** (escrófulas, usagres, etc.)

F. COMAR & FILS
PARIS

SE VENDE
EN TODAS LAS FARMACIAS ACREDITADAS